

CRISTIANDAD



21 RAZON DE ESTE NUMERO

explícitamente de CRISTIANDAD. No es la primera vez que se han expuesto en estas páginas los fines de nuestra Revista, pero volvemos nuevamente sobre el tema, porque creemos que vale la pena de insistir y al mismo tiempo de aclarar algún punto.

En este número presentamos a nuestros lectores, una serie de artículos que se dedican a tratar

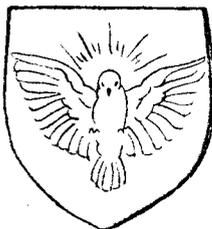
Editorial: «Clama, ne cesses».

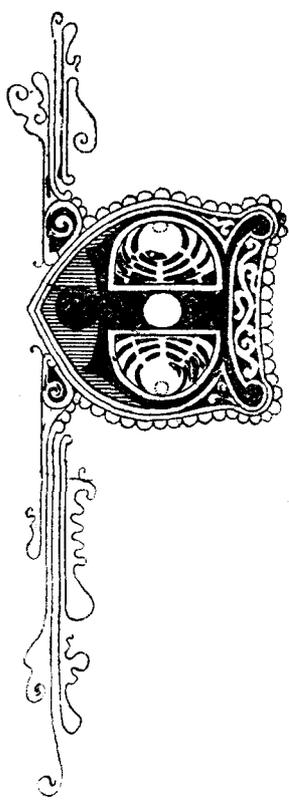
Sección «**Plura ut unum**»: **La Purificación de María**, por Sardá y Salvany (pág. 50); **San Raimundo de Peñafort**, Sermón por el Canónigo Dr. Llovera (págs. 51 y 52); **Más "Prehistoria" de Cristiandad**, por Luis Creus Vidal (págs. 53, 54, 55 y 56); **¿Por qué hablamos de historia?**, por Domingo Sanmartí Font (págs. 57 y 58).

Sección «**A guisa de tertulia**»: **Carta de un suscriptor** (pág. 59); **El fresno y el manzano**, por Fraxinus Excelsior (págs. 60 y 61); **El caballo de Troya**, por Jaime Bofill (pág. 62).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: La cultura. **A la luz del Vaticano**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 63 y 64); **Mensaje de Navidad**, de Su Santidad el Papa Pío XII (págs. 64, 65, 66, 67 y 68). La vida: **El Excmo. y Rdm. Sr. Dr. D. Ramón Sanahuja, Obispo de Segorbe** (págs. 69 y 70); **Datos biográficos del nuevo prelado** (pág. 71); **Una táctica que se repite** (pág. 72).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday





El Comercio

de Larrasa

CRISTIANDAD

NÚMERO 21 - AÑO II

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL 48' - Ptas.
TRIMESTRAL. . . . 12' - »
EJEMPLAR. 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

1 Febrero de 1945

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870

B A R C E L O N A

ECHEGARAY, 19 - MADRID

“CLAMA, NE CESSÉS”

Ahora que el camino recorrido por CRISTIANDAD es ya lo bastante largo para marcar una trayectoria, creemos posible responder a las preguntas que, incluso a modo de objeción amistosa, nos han dirigido con frecuencia amigos nuestros, sobre cuáles son sus objetivos, cuál el público a quien se dirige, cuál la razón que preside la selección de sus temas, etc.

Algunos de estos extremos los hemos tratado ya en otras ocasiones. Vamos a abordar, en este número, varios otros. Y para empezar, fijemos, desde este Editorial mismo, algo que no por ser genérico es menos importante: nos referimos al tipo de revista que CRISTIANDAD aspira a representar.

¿Atribuirá el lector a vanidad decir que CRISTIANDAD inaugura un tipo de publicación prácticamente nuevo en nuestros días? Pues, si hemos de hablar sinceramente, creemos que así es en efecto. Porque, a diferencia de tantas otras que el lector conoce y aprecia, no es CRISTIANDAD una revista para ser mirada, o para ser hojeada, o para ser leída, o tan siquiera para ser conservada. CRISTIANDAD es una revista para ser meditada.

Si no consiguiera esto: que sus lectores meditaran su contenido, habría fallado en un extremo de importancia decisiva.

Pretensiones tan poco frecuentes CRISTIANDAD no tiene otra manera de justificarlas que recurriendo a otras pretensiones mayores aún; decididamente exorbitantes y absurdas si expusiera pareceres particulares. CRISTIANDAD, en efecto, sostiene desde el primer día de su aparición que la doctrina que reproduce en sus páginas y sólo ella, tiene virtualidad para salvar a la sociedad moderna.

Esta doctrina, única fundada en el verdadero Mesías, es la única también que no es un mesianismo. Excusen el irreverente juego de palabras. Pero, ¿cuál, si no ella, pretende curar a la sociedad no por medios mecánicos y extrínsecos, sino llevándola a pedir al Señor la regeneración interna de la gracia? ¿Es extraño, entonces, que aspire a que sus lectores mediten, en lento paladeo intelectual, un contenido que sólo con esta condición puede nutrir su corazón y su mente, rectificar en lo que convenga sus ideas, fortalecer sus convicciones, fundamentar sus entusiasmos? ¿Es extraño que pida a sus lectores el fructífero e imprescindible trabajo que se llama meditar, desde el momento que no les ofrece, directa o indirectamente, otra cosa que la palabra del Papa?

CRISTIANDAD no puede ser leída en el estribo de un tranvía. Quien la tome ha de estar dispuesto a descansar en ella. Si no se detiene a escucharla, la Voz que habla desde sus columnas no le dirá nada. Porque esta voz es una voz augusta, que exige silencio. Es una voz solemne, incompatible con apresuramientos. Es una voz que pronuncia palabras que tienen sentido profundo cuando ella las dice; pero que pasan a ser tópicos vulgares si otros las usurpan. Es la voz de la Esposa de Cristo; aquella a quien ha sido dicho: “Clama, ne cesses”.



La Purificación de María

Por SARDÁ Y SALVANY

Es esta fiesta una de las más bellas del año, y viene a ser la que cierra el período de las de Navidad, como que es la postrera en que se venera a Jesús Niño. Diríase que Navidad derrama sobre ella los últimos reflejos de poética alegría.

Mandaba la ley de Moisés que toda mujer presentase después de cuarenta días de su alumbramiento su primogénito al templo, y lo ofreciese allí al Señor, rescatándolo por medio de la ofrenda de un cordero o de dos tortolitas o pichones, si para tanto no tuviese caudal.

Y así como Cristo Jesús, con ser Hijo de Dios, quiso en su Circuncisión recibir sobre sí el sello y marca del pecador confundiendo, como uno de ellos, con sus hermanos los pecadores; María Virgen, con ser Madre de Dios, quiso en su Purificación presentarse, ni más ni menos que las demás mujeres, pecadora. Así la profunda lección de humildad que el Hijo había dado en aquel misterio al mundo, no fué perdida en la Madre, que en su primera salida al templo no quiso parecer sino profundamente humillada.

De las dos cosas que más amaba hizo aquel día la celestial Señora, dolorosa pero gratísima oblación al Eterno Padre en aras de la obediencia y humildad; del Niño, entregándolo ya desde entonces para morir en cruz; de su concepto de Virgen purísima, para no pasar a los ojos del mundo más que como mujer igual en su concepción y parto a todas las demás mujeres.

Eso se llama buscar perfectamente la gloria de Dios, pisoteando y dando a pisotear en su obsequio toda gloria propia. Esto se llama servir de veras a Su Divina Majestad.

Porque sucede que hay quien diciendo servir a Dios, no busca en ello más que su contentamiento propio, o su propio consuelo o bienestar, y aun quizá no pocas veces el medro humano y temporal granjería; y éste no sirve a Dios, sino que quiere servirse de Dios, que es cosa muy distinta ciertamente, y además muy vil y grosera.

Y hay quien deseando sinceramente trabajar por Dios y de buena fe emplearse en su servicio, no quiere, sin embargo, prescindir en eso absolutamente de sí propio y anda buscando como a par de la divina gloria y del bien del prójimo no pierda él su propia conveniencia y sus más o menos temporales intereses; y tampoco es eso servir a Dios como más desea El y más agradece a sus finos servidores.

“¡Oh, Señor! (exclama el fervoroso autor de “La Imitación”), ¿dónde habrá uno, uno siquiera, que se preste a ser viros de balde?”

Este servidor de Dios franco y desinteresado; este servidor de Dios que nada apetece de Dios más que su cielo, y aun a éste renunciara gustoso si con ello hubiese de ser Dios más ampliamente servido; este servidor de Dios, que no empieza por entrar con El en pactos de mercader o de mercenario sobre si por ello habrá de darle tanto o cuanto de terrena paga; este servidor de Dios, que no solamente no quiere recibir acá, sino que se apresura a dar todo lo suyo y a darse a sí mismo, seguro de que ni lo suyo ni él mismo son suyos, sino que todo es de su único legítimo Dueño y Señor; éste sirve muy de veras y merece muy de veras, y puede con toda justicia decirse que ama muy finamente a quien tanto le amó.

Quien ha ofrecido a Dios algo que le cueste, ese ha amado; que la medida del amor no es el consuelo; que muchas veces no es el consuelo más que refinado egoísmo del corazón; que también tiene el corazón, por noble que parezca esta entraña, sus refinados egoísmos.

La verdadera medida del amor es el sacrificio.

Por él y en lo que más amaba fué probada la fidelidad de Abraham, por él y en lo que más amaba fué probado el amor de María.

Y no hay cristiano alguno, por obscura que sea su condición, a quien no pida alguna vez el cumplimiento de su deber de amar a Dios alguno o algunos de esos sacrificios.

Inmolad, almas, a Dios el primogénito que os pide, aunque sea éste el más querido a vuestro corazón. Inmolad ese primogénito, bien sea en forma de honra, interés, afecto o persona. Primogénito es lo que en preferencia tenéis, y ese es quizá el que os ha dado Nuestro Señor, solamente para que tengáis con que mostrar que realmente queréis a El solo.

¡Qué no se acredita el amor con dar lo que sobra o no hace falta o en nada se estima; sino en poner sobre el altar del holocausto lo que al darlo o al quitársenos deja hondo desgarró en el corazón!

¡Oh, amantísimo Corazón de nuestra Madre, modelo y ejemplar de amantes corazones, cuya primera espada de acerbos dolores fué la que recuerda la próxima festividad!

San Raimundo de Peñafort

Las páginas de **CRISTIANDAD** se ven honradas con la publicación del Sermón que el Canónigo de la Catedral de Barcelona Dr. LLOVERA pronunció en la Santa Iglesia Catedral el 23 de Enero de 1943 con motivo de la festividad de San Raimundo de Peñafort.

“Et vos, filii Sion, exultate et laetamini in Domino Deo vestro: quia dedit vobis doctorem justitiae”. Y vosotros, hijos de Sión, alegraos y regocijaos en el Señor Dios vuestro, porque os ha dado un maestro de justicia. Palabras del Profeta Joel, en el cap. II, vers. 23.

Venerables ministros del altar, amados hermanos, devotos de San Raimundo de Peñafort; muy amados en nuestro Señor Jesucristo: era el 28 de mayo de 1238; después de la sesión capitular, se reunía la Comunidad en el refectorio, subió el lector al púlpito para la lección acostumbre de la Sagrada Escritura, abrió al azar el Libro Sagrado y vió ante sus ojos las palabras del Profeta Joel que me han servido de tema. “Y vosotros, hijos de Sión, alegraos y regocijaos en el Señor Dios vuestro, porque os ha dado un maestro de justicia”. Acababa de celebrarse la elección de Maestro general de la Orden de Predicadores. La elección había sido laboriosa; se dividían los sufragios entre Hugo de Francia y Alberto de Alemania, y después de tres votaciones sin resultado, en la cuarta, evidentemente por una especial intervención de Dios, salió elegido el Santo a quien hoy honramos, San Raimundo de Peñafort. Le llevaron la noticia el Prior de Francia, Hugo de Caint-Cher, el Prior de la Provenza, Ponce de Sparra, el Provincial de Lombardía, Juan de España, y Fray Felipe, Provincial de Tierra Santa; y el Santo, inesperadamente, se encontró constituido Maestro general de la Orden de Predicadores, Orden de fundación reciente, pero ya de calidad eximia, por el gran número de personalidades escogidas que había recogido en su seno.

Maestro de justicia, le llamó el lector con palabras de la profecía de Joel, y realmente, amados hermanos míos, examinando toda su vida encontramos que la característica más relevante que se destaca en toda su gestión es la de ser maestro de justicia. Es verdad que la Sana Iglesia, en la oración de la misa que se acaba de cantar — y sabido es que la oración de la misa es la que da precisamente la nota más significativa del carácter de la fiesta o del Santo en cuyo honor se celebra — nos lo presenta como insigne Ministro de la penitencia y como favorecido

por Dios con aquel gran milagro de venir desde Mallorca a Barcelona, huyendo de las iras o quizá de la actitud refractaria del Rey Don Jaime a seguir sus consejos; nos lo presenta viniendo de Mallorca, en aquella barca milagrosa, que fué su propia capa, y que le trajo aquí en seis horas. Pero, amados hermanos míos, aunque la Iglesia nos presenta estos dos hechos: el haber sido San Raimundo de Peñafort penitenciario de los Papas e insigne Ministro del Sacramento de la Penitencia, y, por otra parte, ese milagro de la transformación, sin embargo todo esto no contradice, antes guarda estrecha relación, con lo que yo os he presentado como el rasgo más singular y más sobresaliente de la personalidad de San Raimundo de Peñafort, que es el de ser maestro de justicia; maestro de justicia, pero de la justicia verdadera, porque la verdadera justicia, para ser tal, ha de ir unida con otra de las virtudes cardinales que es la primera de las virtudes: la moderación; y con la que regula todas las demás virtudes, que es la prudencia.

Justicia sin prudencia no es verdadera justicia. Por eso, en todo el magisterio y en toda la actuación de San Raimundo de Peñafort, nosotros veremos siempre hermanadas estas dos virtudes: la virtud de la justicia con la virtud de la prudencia, que es la que en todas las virtudes sabe y debe señalar el justo medio.

Si nosotros examinamos los documentos más antiguos que nos quedan de la vida de San Raimundo de Peñafort, lo mismo las noticias de Pedro Marsilio, que las de Humberto de los Romanos, que las de Nicolás Antonio, más posteriores, siempre vemos a San Raimundo de Peñafort como maestro de justicia y de prudencia. Hablando de los últimos años de su vida, nos dice uno de estos autores, que vivía en el convento de Santa Catalina, de Barcelona, en toda santidad; espejo y ejemplo de todas las virtudes, consuelo de toda la Provincia, sea la Provincia religiosa, o sea toda la región; celoso por la conversión, especialmente de los sarracenos, porque luchó constantemente, instituyendo aquellas escuelas de lengua hebrea y de lengua árabe de donde salieron discípulos tan eminentes como el otro Raimundo, el autor del “Pugio fidei”, el Puñal de la Fe, aquella gran obra de controversias contra los hebreos y los sarracenos: Ramón Martí. Y dice el mismo autor que a él acudían todos los mag-



nates, entre los cuales gozaba de gran autoridad, porque San Raimundo de Peñafort era un aristócrata del espíritu; acudían a él especialmente los magnates, atraídos por la fama de su prestigio, y venía a ser como el "Consiliarius religionis", el Consejero de todo el Principado y de toda España, y aún, como escribe Roberto, Obispo de Lincoln, el Consiliario del orbe católico en su tiempo.

Para llegar a ejercer ese magisterio de justicia y de prudencia, San Raimundo de Peñafort había sido dotado primeramente por Dios, de una manera generosa, con grandes condiciones: de espíritu, de corazón, y facultades intelectuales sobresalientes que le llevaron ya en la temprana edad de veinte años, a enseñar Filosofía en esta ciudad nuestra. Pero él tenía una inclinación práctica, era hombre de sentido práctico y sabía que para tratar los asuntos prácticos es de gran ayuda, y casi indispensable, la formación jurídica, y por eso, llevado de ese deseo de poder intervenir fructuosa y saludablemente en las cosas prácticas, fuese, después de profesar Filosofía en Barcelona, a Bolonia. Bolonia, en aquel tiempo, era, como dijo el Papa Clemente VIII, el emporio de las disciplinas, era como el alcázar de todas las buenas artes, de las artes humanas, del Humanismo y del Derecho, que florecían en aquella Universidad entonces más que en todas las universidades europeas; tenía maestros distinguidísimos, y en la cátedra de estos maestros se formó San Raimundo de Peñafort, pero de una manera rápida, tanto que, como dice Nicolás Antonio, después de poco tiempo de estudiante logró ya obtener una cátedra, y ciertamente la cátedra primaria de la Universidad.

Y su magisterio fué admirable. Acudían a él, sobre todo, los letrados y los nobles. Siempre esa nota de aristocracia espiritual en San Raimundo de Peñafort, pero no acompañada de pretensión, ni acompañada de orgullo, sino siempre con una gran llaneza, pues así trataba a los hombres. Dice de él — la *Vita vetus* — que, sin duda, uno de los dones especiales que recibió del cielo era que todos los que acudían a San Raimundo de Peñafort quedaban enamorados de la dulzura y suavidad de su trato, al mismo tiempo que admirados de la sabiduría y prudencia de sus respuestas y de sus consejos.

Allí tuvo por profesor al célebre Azzo, aquel que ante las dos escuelas o tendencias que entonces eran ya muy pronunciadas en la Universidad de Bolonia, la tendencia de los civilistas y la tendencia de los decretistas, supo ponerse frente al cesarismo. De él cuéntase esta anécdota graciosa: Iba un día con el emperador Enrique IV, él y otro profesor de tendencia estatista, cesarista, de la Universidad, y preguntó el emperador: ¿Cuál es la fuente del derecho? El otro profesor contestó: Evidentemente, la fuente del derecho, emperador, es V. M. Todo lo que agrada o place al Rey tiene fuerza de ley. Y Azzo dijo: Pero me parece que también deben respetarse un poco las costumbres y las instituciones y las franquicias de las ciudades y la tradición de los pueblos. Y al día siguiente, el Emperador envió un caballo, ricamente enjaezado, al profesor que había llevado a cabo el acto de adulación, y dejó sin obsequio alguno a Azzo. Y se dice que éste, al saber cómo había sido premiada la adulación de su compañero, hizo una frase latina, que no puede traducirse exactamente porque juega con el vocablo, pero que significa: aún cuando he perdido yo un caballo, la equidad está de mi parte: *etsi amiserim equum, non est æquum*.

Este profesor y Hugolino y Bagnarrotti, fueron los principales maestros de San Raimundo de Peñafort. Pero quizá tanto como las explicaciones y las doctrinas de sus

maestros, influyeron en él los condiscípulos, el trato con ellos, porque había entonces, entre los estudiantes de Bolonia, una pléyade de hombres insignes, también divididos en tendencias distintas; siguiendo unos, la escuela cesarista y otros la escuela decretista. Entre los primeros se distinguía aquel Pietro della Vigna, que Dante coloca en el Infierno y pone en su boca aquellas palabras: Yo soy aquel que en vida tuvo las llaves del corazón de Federico emperador y que sabía, cerrando y abriendo, moverlas de una manera tan suave que impedía que nadie llegase a intimar, a conocer los sentimientos íntimos del emperador. El emperador Federico, que se decía otro Cristo, afirmaba que su pueblo natal era otro Belén, que Pedro de la Vigna era su Vicario, con la potestad de las dos llaves.

Y al lado de éste y otros secuaces de las tendencias cesaristas, habían otros espíritus eminentes, que se estaban formando para difundir la verdadera doctrina acerca del origen del Derecho y acerca de los derechos de la Iglesia frente a los derechos que pretendía el cesarismo. Eran éstos, Accursio, Odofredo — astro de la elocuencia, como dice de él Dante, en quien resplandeció el don del consejo —, el célebre dominico Pedro Fanti, Sibaldo Froschi, que más tarde ciñó en sus sienes la tiara con el nombre de Inocencio IV, y otros, muchos de ellos pertenecientes a la Orden Dominicana, a la cual no pensaba todavía incorporarse San Raimundo de Peñafort, en que seguramente influyó mucho para su vocación religiosa, el recuerdo del papel brillante que hacían en Bolonia durante los años que allí estuvo, los dominicos, por más que otra tradición quiera decir que San Raimundo de Peñafort entró en la Orden Dominicana como en compensación de haber impedido que un pariente suyo ingresara en ella.

Tres años estuvo ejerciendo el magisterio en Bolonia, hasta que al regresar de Roma el Obispo Berenguer, expresamente modificó la ruta y pasó por Bolonia para trarse acá al que ya era celeberrimo maestro de Derecho en la Universidad aquella y cuya fama se había extendido por toda Europa. Y logró traerle aquí y le hizo canónigo de esta Santa Iglesia Catedral. No es fija la cronología, ni se puede decir cuantos años estuvo. Sólo se sabe que fué de conducta ejemplarísima y que se distinguió sobre todo por la devoción a la Virgen, festejando con una solemnidad especial el día de la Asunción de la Virgen o de la Encarnación del Verbo. Siendo canónigo de esta Catedral, y penitenciario incluso de los Papas, oía en confesión a San Pedro Nolasco y al Rey Jaime de Aragón, y fué elegido por la Providencia para que se realizase su sueño, él que tanto trabajó por la conversión de los sarracenos, instituyéndose la Orden de la Merced. Luego ingresó en la Orden de Predicadores. La Providencia le llamaba a empresas grandes; intervino en asuntos difísimos y diversísimos. Acudía a él — dice Pedro Marsilio — la Curia romana, y recordando su gran don de consejo en los tiempos que había estado en Roma, aun cuando estaba ya retirado en Barcelona, los Papas le encomendaban los asuntos más importantes — la provisión de diócesis, la confirmación de abades y obispos, la deposición de prelados indignos como el de Urgel, la absolución de excomunicaciones, la dispensa de irregularidades — y dice dicho autor que muchas veces los Papas le fijaban ya la manera como había de conducirse, pero muchísimas más veces lo dejaban todo a su arbitrio, bien convencidos y bien sabedores de su gran prudencia, de su gran don de consejo, de su gran circunspección y cautela en todos los casos.

(Continuará, Dios mediante, en el próximo número)

Más "Prehistoria" de CRISTIANDAD

En el número 5 de junio ppdo. la obediencia me forzó a dar a conocer a nuestros lectores los orígenes y la gestación de esta Revista: hija de aquella "Schola", ahora "Schola Cordis Iesu", hija del Apostolado de la Oración.

Hoy me obliga otra vez a extenderme sobre el mismo tema. Afortunadamente para mí, la tarea es mucho más fácil, por cuanto girará en torno de dos figuras, muy queridas de nosotros; compañeros modélicos, de los que dije en aquel anterior artículo, que "eran aquellos en quienes se habían cifrado mayores esperanzas". Compañeros que después de habernos servido un día de guía y de ejemplo —¡cuánto les debemos en nuestras actividades actuales!—, desde el cielo hoy nos asisten contemplando el desarrollo de la semilla que sembraron.

Eran éstos, dos caballeros cristianos: José Oriol Anguera de Sojo y José María Planas Corbella.

"SCHOLA": una "PEÑA" de partidarios de Jesucristo

Aquella antigua "Schola" — que nuestros lectores ya conocen por nuestro anterior artículo — podía, ciertamente, causar extrañeza a quienes por vez primera la observaran. ¿Cómo, en épocas de lucha cual era la de aquellos años de 1930 a 1936, unos, entonces, "jóvenes", dedicaban tantas y tan largas horas al estudio? Ciertamente que la "intelectualidad" de "Schola" —modesta, desde luego— no constituía una de aquellas peñas eternamente encerradas en la torre de marfil de un orgullo solitario y de cuyo tipo todos hemos concido ejemplos, sobre todo en aquellos tiempos. ¿Cuál era, por tanto, el verdadero espíritu, el verdadero motor de aquella actuación de "Schola", tan íntima, tan modesta? ¿Cómo trasladarla a nuestros lectores?

El azar nos trae un fragmento de Santa Teresa del Niño Jesús (fragmento epistolar, confidencia a su Madre Marie de Gonzague) que acaso nos ayude a explicar un poco aquel espíritu:

"...ce qu'elle estime, ce qu'elle désire uniquement, c'est de faire plaisir à Jésus... elle le sait, elle l'a compris, le bon Dieu n'a besoin de personne, encore mois d'elle que des autres, pour faire du bien sur la terre" (Hist. d'une âme, Cap. IX).

"Le bon Dieu n'a besoin de personne". Es esta una grande y fundamental realidad, no por esto a menudo menos olvidada. ¿No existe también a veces, dentro del apostolado seglar, una como vanidad, una solicitud excesiva que se apoya en una excesiva valoración de nuestras propias fuerzas? No es el apóstol quien favorece a Dios sirviéndole; es Él quien le hace favor, dignándose aceptarlo en su santo servicio.

La conciencia de esta realidad estaba dentro del espíritu fundamental de aquella "Schola" que tan dignamente personificaban e inspraban aquellos dos modélicos compañeros cuyo recuerdo honramos y cuya huella seguimos. Y este espíritu explica y justifica sus actos. Expliquémonos mejor.

Hay pocos entusiasmos —sería impropio quizá llegar a decir amores— que por lo menos merezcan, justificadamente, la calificación de tan puros y desinteresados como lo son los que estallan ante las grandes manifestaciones deportivas. El partidario, el afiliado, *sufre*, auténticamente, en algún modo, durante las incidencias del partido. Ciertamente que si en un momento de emoción, para conseguir la victoria de su club, se le pidiese un esfuerzo, un sacrificio, *aun a condición de que éste permaneciese ignorado y no correspondido*, lo haría gustoso. ¿No se se han llegado a presenciar muertes repentinas en espectadores enfermos? Y cosa análoga podríamos decir de no pocas lides políticas.

Este entusiasmo ligero y superficial —a menudo hijo, incluso, del capricho— que casi ni los honores de elevado sentimiento merece, es, sin embargo, por lo puro y desinteresado, a su manera, un adecuado símil de aquello que Dios busca y desea hallar en el fondo de nuestros corazones, y que, en toda su pureza, encuentra, por desgracia, pocas veces. Es aquello que hace olvidarnos, por completo, de nosotros mismos, ante la magnitud del ideal. Quizá es lo que en el Evangelio se llama "pobreza de espíritu".

Sabiendo que en nuestras pobres humanas fuerzas no podemos llegar a más, en el campo del apostolado, a menudo el buen Dios se contenta con hallarnos auténticos y entusiastas "partidarios" suyos. Y prefiere, sin duda, al pobre y modesto partidario suyo que no sabe más que amar y sufrir, que a otro que, gozando de fama y de actos de apostolado activo e incluso eficaz, mezcla la búsqueda de su Dios con su satisfacción propia, siquiera sea inconscientemente y siquiera sea tal satisfacción completamente ideal. Y es razón de ello lo que nos dice San Juan de la Cruz: que el más pequeño movimiento de amor puro, le es a Él infinitamente más útil que todas las obras reunidas. Y dice "útil". ¿Qué será la "utilidad" para Dios?

Una modestísima peña de "partidarios" del Corazón de Jesús en su tremenda lucha secular contra el poderoso Príncipe de este Mundo, es lo que intentaba ser la "Schola". Anguera, cuando se refería al tiempo del fundamental ataque del Averno contra la Iglesia: la época del Renacimiento, alcanzó a ser auténtico "partidario" de Cristo, que nos mostraba las vicisitudes sufridas por la Grey del divino Capitán. Lo mismo diremos de Planas con sus exposiciones científicas y filosóficas. Una peña de "partidarios". De modestos seglares —padres de familia a menudo— cuyas obligaciones diarias apartaban de apostolados más extensos y más activos, y que no podían, por tanto, pretender otro papel que el ínfimo, aquel a quien todo el mundo puede llegar: el de espectador. Y, como tales, "vivían" las incidencias de la lid, sufriendo o gozando según las alternativas, no pudiendo hacer otra cosa, —oteando la visión, a la luz de la Teología de la Historia, en el espacio y en el tiempo, del colosal combate que en el mundo se libra— que seguir las peripecias de la divinal Conciencia, y, unidos a la Iglesia en espíritu, sentir con Ella las penas y las alegrías, deplorar los desengaños que la



JOSÉ ORIOL ANGUERA DE SOJO

afligen, pero, también, compartir sus supremas e inefabes Esperanzas.

Muy poca cosa era ésta, humanamente hablando. Ciertamente y gracias a Dios, en una u otra forma, existen millares de "peñas" de "partidarios" de Cristo en el Mundo. La nuestra, por tanto, no fué más que una de ellas. Mérito nuestro, por tanto, ninguno. Mas sí a los reyes de la tierra no prestan servicio los "ojalateros" (1), el Rey del Cielo, sin embargo, los acoge con benignidad, y aún, en su bondad sin límites, los busca. Y se digna descender hasta ellos, y consolarlos con la promesa del futuro y definitivo triunfo de su divina estrategia: "...Mas tened confianza, que Yo he vencido al Mundo.—Joh. XVI, 33".

No dice aquí "venceré". Le ha "vencido ya", porque para Él no cuenta el tiempo. Y eco de esta Primera Promesa es la segunda, la contenida en la Revelación privada de Paray-le-Monial: "Venceré a pesar de mis enemigos".

Este fué el único ideal al que se atrevía acercarse "Schola". Constituir un grupo más de "partidarios" del Corazón Divino. De admiradores de Jesucristo, el Hombre, el Jefe más alto de todos los tiempos, —¡hoy que las multitudes, más que nunca, necesitan un Jefe!— porque al mismo tiempo que Hombre, es Dios. Admiradores suyos que anhelaban su triunfo, que con verdadera ansiedad presenciaban la gran Lucha, sabiendo, sin embargo, que en ella no podían desempeñar gran papel, lo cual, sin embargo, no les preocupaba, porque sabían bien que el Espíritu de Dios que hizo brotar en las inmensidades mundos y soles, sabría suscitar en todo tiempo los hombres necesarios —la parte humana— para el definitivo triunfo de la Causa de Cristo, que ha convertido esta pobre Tierra en campo donde se juega una partida divina de tal envergadura que, para ganarla, el mismo Unigénito de Dios descendió para habitar entre nosotros y tomar parte divina en ella.

"PEÑA" y centro de estudio

No obstante esto, aquella absoluta conciencia de su modestia no fué, gracias a Dios, y en gran parte al esfuerzo y al empeño de los dos grandes compañeros cuya

(1) Conocida es la anécdota ochocentista de don Carlos, dirigiéndose a sus cortesanos, durante la Guerra civil española: «Ustedes no saben decir otra cosa que «ojalá»... «ojalá» .. parecen ustedes ojalateros»...

memoria honramos, jamás motivo ni tentación hacia un cómodo "dolce far niente" intelectual.

Santa Teresa del Niño Jesús nos da otra vez la pauta: "Quel mystère! Jésus, n'est-il pas tout-puissant? Les créatures ne sont-elles pas à celui que les a créées? Pourquoi s'abaisse-t-il à dire: "Demandez au Maître de la molsson d'envoyer des ouvriers?" Ah! c'est qu'il a pour nous un amour si incompréhensible, si délicat, qu'il ne veut rien faire sans nous y associer..." (Carta XII, 15 ag. 1892).

En cierto modo, y en distinto sentido —puesto que la Santa se refiere allí directamente a la vida y al apostolado de plegaria—, osaríamos a aplicar estas frases a "Schola", personificada siempre en sus dos modélicos miembros. La conciencia de su modestia no fué ocasión para olvidar este amor delicado de nuestro Dios que encierto modo quiere asociarnos a su divina empresa, cualquiera sea nuestro estado. Hacerse dignos de ello, era el objetivo principal de "Schola". La primera finalidad, la más importante de todas: formarse. *Formarse* en el estudio científico de nuestra Santa Religión, conocer sus doctrinas en todos los campos, singularmente en el político y en el social. Aprender a amar a la Iglesia, gracias a conocerla mejor. Que para amar a nuestra Madre, lo mejor —ello basta— es conocerla: por esto la Historia —escenario de la actuación de la divina Sociedad que Cristo fundara— formaba parte favorita de las materias científicas de aquella "peña".

Formar seglares conscientes: formar hijos enamorados de su Madre la Iglesia. Primera finalidad. Segunda: que esta formación pudiera, en su día, irradiar en el círculo modestísimo y limitado de su vida civil. Formando así apóstoles, no por lo modestos, menos sólidos y profundos, los cuales, siquiera en la propia familia o en la corta esfera de sus actividades profesionales, por la profundidad de sus convicciones, fuesen dignos, de alguna manera, de ser "asociados" por Dios, en su divina delicadeza, en la tarea de hacer bien a la Sociedad y contribuir, siquiera inífinamente, si no a extender, por lo menos a "acreditar" (séanos excusado el atrevimiento de emplear esta frase) su futuro Reino. ¡Tanto puede el ejemplo, el prestigio! Si los verdaderos cristianos supiesen rodearse del prestigio de su virtud, cuánto más eficaz sería este prestigio que todas las propagandas! ¡Es que, en gran parte, el secreto de la propagación milagrosa de la Iglesia en los primeros tiempos, no residió en el prestigio que rodeaba a los cristianos?

Frutos de "SCHOLA"

José-Oriol Anguera de Sojo

Dos de sus miembros, en su corta, pero gloriosa y admirable vida, consiguieron plenamente este ideal, sirviendo de modelo a sus compañeros.

Y si algo justifica y asegura a éstos sus compañeros la legitimidad del camino escogido, es el amor de ambos hacia aquella "Schola", objeto de su predilección. Y su vida demuestra que ésta no era, como hemos asegurado, una torre de marfil solitaria, sino que en ella se trabajaba, con el ideal de formación, al servicio de Dios y de la Sociedad.

Corta e impetuosa la vida heroica de José Oriol Anguera de Sojo y Dodero, lo demuestra plenamente. Herido un número inverosímil de veces, a causa de su arrojo legendario, nos imaginamos verle, en plena Guerra de Liberación, en el Frente de Levante. El estudioso Letrado, consagrado a la Historia y a la Metafísica, llevaba en su saco el Misal Romano, una gramática árabe (en el noble afán de acercarse mejor a sus tropas, y de aprovechar tal circunstancia para conocer esta lengua de la que hubiera

sacado tanto provecho), y, por fin, algo inverosímil en un teniente y en aquel frente montuoso turolense-valenciano: una "Suma" de Santo Tomás, hallada en las ruinas de un Convento liberado... En sus ocios militares reproducía, ante un auditorio improvisado las conferencias — adecuadas, naturalmente, al lugar — que le conocíamos. Un eco propio de su querida "Schola"...

En ella, como hemos apuntado antes, Anguera había tomado a menudo la palabra. El joven jurista, autor ya de un estudio sobre las Instituciones jurídicas pre-Romanistas en el antiguo Condado de Ausona, sentía pasión por la Historia, no simplemente la erudita — como fué un ejemplo este su primer fruto — sino por otra clase de Historia, mucho más profunda y mucho más luminosa también.

Era la Historia triste y atormentada del Mundo, la de Europa especialmente, la que nos describía — fijándose, por ello mismo, con especial preferencia, en la época renacentista, inicio de la Apostasia — pagando pesado tributo a sus profundos errores y ofreciendo, con sus guerras, con sus plagas, el espectáculo miserable del rebaño que se empeña en huir de su Pastor.

Y sus antiguas conferencias tienen hoy el valor inmenso de haber sido confirmadas con la enorme y sincera consecuencia de su vida heroica. Sus convicciones expresadas primero en palabras, fueron rubricadas después, dando así plena responsabilidad a su pensamiento, al pie de Peña Juliana, frente a la contra-ofensiva enemiga.

Pero, no obstante su heroísmo, hay algo en Anguera superior a todo esto. Su conducta lo denuncia: Ibrahim, su asistente moro, aún se admira de qué "cuando Teniente estar solo" pasase las cuentas del Rosario. Y más lo denuncian aún su correspondencia y sus notas. No es juvenil impetuosidad bélica. Es consecuencia. Consecuencia en quien a través de sus estudios había llegado al conocimiento íntimo, que equivale al amor, de la persona de Jesucristo.

Para Anguera el estudio era oración. La filosofía le servía de peana para llegar a verdades superiores y admirables, y la Historia para ponderar las vías de la Providencia y llenarse de esperanzas sabiendo que la domina el más gigantesco de los hombres: Jesucristo, que también es Dios.

Él le vería inclinarse, por encima de los siglos — "miserere super turbam" — en ademán de misericordiosa majestad. Y es que ante su divina Figura se detiene el cansancio de la Historia. Ella la preside y la recoge, para conducirla. De sus siglos, ha escogido los últimos para mostrar, como remedio supremo, lo más íntimo de su adorable Persona, el Corazón. El mayor Corazón de todos los tiempos, que lo mismo consolaba a la pobre viuda huérfana de hijo, como expulsaba gallardamente a los mercaderes del Templo. Un Dios. Un Dios que tiene Corazón y nos lo muestra. ¡Qué enorme solución ésta, para nuestras épocas, sedientes del hombre, del conductor, del jefe, que nuestra impotencia precisa, que nuestra indigencia reclama! ¡Qué enorme solución hallar al Hombre! ¡Qué enorme solución, puesto que también es hallar a Dios!

Anguera no alcanzó a ver a su "Schola" convertida significativamente en "Schola Cordis Iesu" con audacia. Pero se nos antoja que bajo la noche agostea, estrellada — miriadas de Mundos que se mueven bajo la voluntad y el designio del Creador — en que entregó a su Capitán divino su alma pura, debía ya divisar su triunfo, prometido a los que, como él, son sus auténticos partidarios. Debía ya, inefablemente, ver como aquel Corazón que le acogía, había de llegar a ser un día, incluso físicamente, el Centro del Universo divinizado, definitivo Templo del que todos, por la divina misericordia, debemos ser piedras y aureola. Porque el Cielo y la Tierra pasarán, mas



JOSÉ MARÍA PLANAS CORBELLA

no sus palabras. Jesucristo, Padre del futuro siglo, dueño de todos los siglos que los astros inscriben en su carrera, debía adelantarse a recibir benignamente al que le había buscado, y una vez hallado, le amaba con la sinceridad que su sacrificio rubrica.

José María Planas Corbella

Otra vida, también corta y modélica. Figura con trazos tal vez no tan vigorosos como la anterior, pero, quizá, más íntima, si cabe, dentro del carácter de la vieja "Schola".

Doctor en Ciencias, discípulo del gran Sereni en Roma, se separó, físicamente hablando, de nosotros, en 1935: por Oposición había llegado a ser Catedrático, en la Universidad de Zaragoza, el más joven de toda España.

Su asombrosa capacidad en ciencias exactas le dió un prestigio extraordinario. En 1936 le vemos en Göteborg, representando a nuestra Patria. Mas el prestigio de su inteligencia corría parejas con el que rodeaba a su persona: se presagiaba en él al futuro sabio cristiano. Como tal era ya considerado doquier.

Sus ausencias eran compensadas por su correspondencia. Desde todas partes nos escribía: siempre, alejado de nosotros, nos recordaba.

Porque Planas personificaba, en cierto modo, el elemento científico máximo de nuestro grupo. En una ocasión, nuestro Director, excusaba, bondadosamente, nuestra inacción: "Os falta Planas", nos decía.

Era una vida que prometía poderosamente. Era una inteligencia que hubiera glorificado a Dios; que, con su prestigio, hubiera traído otras hacia Él.

Él permitió su sacrificio. Y le pidió un sacrificio tal, del que solamente pueden ser capaces las almas de su temple.

Hemos abusado ya en este pobre escrito del recurso al auxilio de los de Santa Teresa del Niño Jesús. Ella nos perdone si de nuevo acudimos, en demanda de inspiración, para poder exponer felizmente ideas dignas de tales objetos, a su fuente. ¿No es ella quien nos dice que "Dios, a menudo, se contenta con nuestro deseo de trabajar para su gloria?" ¿No es ésta la razón que explica el por qué de un sacrificio tan duro, el sacrificio de una vida que parecía tan cara a la Religión y a la Patria que cuenta con tan pocos hombres así?

En su carta VII, a dos Misioneros, la Santa habla.

¿Será excesivo atrevimiento recordar este fragmento en este lugar, y ante la memoria de nuestro amigo?

"...Le Père Mazel, qui fut ordonné prêtre le même jour que vous, ne savait pas parler non plus; cependant, il a déjà cueilli la palme... Oh! que les pensées divines sont au dessus des nôtres!... En apprenant que ce jeune missionnaire était mort, avant même d'avoir foulé le sol de sa mission, je me suis sentie portée à l'invoquer; il me semblait le voir au Ciel dans le glorieux choeur des martyrs. Sans doute aux yeux des hommes, il ne mérite pas le titre de martyr; mais, au regard du bon Dieu, ce sacrifice sans gloire n'est pas moins fécond que ceux des confesseurs de la foi".

Sacrificio sin gloria. Mas también ha habido quien se ha sentido llamado a invocarle. Nos lo decía, de otro, uno de sus compañeros de Zaragoza: "...Va a menudo a Almu-
devar, a la tumba de Planas, a rezar". Los pensamientos divinos están, realmente, muy por encima de los humanos.

De "SCHOLA" a "SCHOLA CORDIS IESU" "CRISTIANDAD"

José Oriol Anguera de Sojo y José María Planas personifican los tiempos "prehistóricos" de nuestra querida "Schola", la cual, tan pobre ya de sí en miembros y en medios, vió perder, por designio providencial, a sus dos mejores. Quizá con ello Dios ha querido patentizarnos que no necesita de nadie para hacer el bien sobre la tierra, y, a la vez, demostrarnos que únicamente son eficaces los medios sobrenaturales: indudablemente, la protección de nuestros amigos y compañeros desde el Cielo se ha patentizado, también, bien clara y eficaz: mucho mayor que la que nos hubieran prestado, aún contando con sus dotes tan relevantes, en la tierra.

Lección es ésta que nos toca recoger. Espíritu éste que debe informar a "Cristiandad" en su modesta misión de apostolado. En su misión de modesto soldado —uno de tantos— que tiene, empero, el altísimo honor de participar en el Combate supremo: el combate para el Reino de Dios.

Disponiendo como dispone Él de todas las armas, siendo omnipotente, parece haberse esmerado, por así decir, en hacer dejación de todas ellas, que se ha apresurado a recoger el Príncipe de este Mundo. Se repite —nos atreveríamos a decir— el admirable reto divino que nos relata, en su primer Capítulo, el Libro de Job. Cínicamente, Satán confía que si Dios hace dejación en su mano de todas las armas materiales, vencerá sobre la criatura humana. Mas Dios tiene bastante con la humildad y la paciencia, que el Príncipe de este Mundo no concibe puedan resistir el triple y brutal ataque de la concupiscencia de la carne, de los ojos, y de la soberbia de la vida de que nos habla San Juan. Dios quiere demostrar al Maldito que aquellas virtudes que él, el Mundo y la Carne no cotizan, son suficientes, en lucha desigual, para batirle vergonzosamente.

Guerra épica la que nuestro Divino Capitán conduce, y, humana, materialmente hablando, desigual. Las huestes imponentes del Averno, terriblemente armadas, no pueden concebir como nuestro pobre barro, materialmente desarmado, sea capaz de resisírle. En su soberbia, la convicción de su propio cinismo, no cree en la eficacia del sobrenatural auxilio de Dios a esta pobre arcilla.

En su cuadro social, esta lucha constituye el motivo de la Historia. Esta es escenario "de la grande obra a cuyo éxito Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia", como dice el Padre Ramière. Mas esta lucha atraviesa momentos verdaderamente críticos: y esta realidad constituye un estado de conciencia vivido por "Schola" y que no puede menos que informar a "Cristiandad".

No es esto un pesimismo: que las huestes del Infierno intensifican los ataques contra la Esposa de Cristo, en forma más violenta que nunca, no lo decimos nosotros. Lo dicen, unánimemente, todos los últimos Pontífices, que, gloriosamente, en medio de grandes peligros, van sucediéndose en nuestros tiempos. Y tampoco es pesimismo el que tenemos inminentes y espantosísimos peligros, sí, por otro lado, sabemos de antemano que, pese a todas las catástrofes probables, la victoria definitiva, siquiera lejana, será nuestra.

Hemos hablado del Padre Ramière: su espíritu, el espíritu de sus obras: "La Soberanía social de Jesucristo", "Las Esperanzas de la Iglesia", es el que informó a "Schola" en sus primeros tiempos. Su espíritu sigue informando a "Schola Cordis Iesu", hija del Apostolado de la Oración, donde ha aprendido el inefable objeto de la epopeya divina, que solamente podía concebir el infinito Corazón de un Dios: la incomprensible y anonadora divinización del cristiano.

Su espíritu debe informar, por tanto, igualmente, a "Cristiandad". Una revista. En el Ejército de Dios, una revista es un soldado más. Su misión natural, la de vigía. Es el soldado vigía, que otea los horizontes, que por lo mismo está en disposición de informar, de animar mejor a sus compañeros, anunciándoles el curso de la batalla, señalándoles los auxilios que, en la lejanía, se advierten ya, y que forzosamente han de llegar.

Ante el empuje enemigo, nuestra vocación es ésta, coadyuvando así a vigorizar las fuerzas de resistencia con la función a que nuestro oficio de vigía nos califica: reafirmar nuestra esperanza.

Y, pese a la lobreguez del momento, y al proceloso océano preñado de tempestades que se abre ante la Barca de Pedro, la visión de la Historia a la luz de las Promesas de Dios nos da seguro derecho a esta esperanza.

Comunicarla a todos es la vocación que "Schola Cordis Iesu", inspirada seguramente por sus dos mejores miembros, siente. Ella es la razón de ser de "Cristiandad".

Luis Creus Vidal.



¿Por qué hablamos de Historia?

Se nos ha hecho la observación: “¿Por qué habláis tanto de historia?”

Podríamos decir la vieja frase de que la historia es maestra de la vida, que subsiste con toda su verdad, pese a las diferentes modificaciones que ha sufrido la concepción histórica modernamente hasta llegar a convertirla en una verdadera ciencia.

Ha pasado ya el concepto clásico según el cual para saber historia era preciso tener en la memoria la lista de los reyes visigodos con las fechas de su coronación y de su muerte y otra serie de listas análogas con las fechas correspondientes. La historia se aprendía en pequeños manuales sobrecargados de nombres y fechas.

Hoy se atiende más al carácter y espíritu de las épocas y a la significación y trascendencia de los hechos. Por esto la filosofía de la historia ha alcanzado una tal preponderancia y puede decirse que, a veces, es más significativa una anécdota que una batalla.

Este es el aspecto de la historia que nosotros aspiramos a desarrollar en nuestra revista. Aparte de su valor formativo y de su aspecto agradable responde a otras varias finalidades que vamos a analizar brevemente.

* * *

En un artículo publicado en el número de prueba y titulado “El por qué de esta Revista” se decía que los principales enemigos del ideal que propugna CRISTIANIDAD y por lo tanto a los que se proponía combatir en primer lugar, son el naturalismo y el liberalismo. Y seguía así:

“Naturalismo y liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de CRISTIANIDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la revolución.

“El naturalismo y liberalismo tienen, en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces, es casi imposible reaccionar contra ellos.”

Ahora bien; estos dos enemigos nuestros principales han actuado, han intervenido en la sociedad y por decirlo así han hecho historia. Y es evidente que una manera de demostrar su importancia y su perniciosidad es mostrarlos en su actuación y en sus esfuerzos para descristianizar al mundo y en su oposición a la Iglesia.

* * *

Otra finalidad de nuestra revista es la de despertar un amor consciente a la Iglesia Católica. Si además de poseer la fe, gracia inapreciable de Dios, se tienen argumentos para convencer y hacer sentir a sí mismo y a los demás de que la Iglesia a que pertenecemos es la auténtica fundada por Jesucristo y perpetuada a través de los siglos, no hay duda de que nuestra posición, incluso espiritual, es más firme y satisfactoria.

Muchos de estos argumentos, y no de los más débiles, se hallan en la historia. Esta nos muestra a la Iglesia en sus esfuerzos dos veces milenarios para perfeccionar al hombre, y en su lucha, igualmente larga, contra una multitud de enemigos, ya manifiestos, ya solapados, y como puesta muchas veces, aparentemente, al borde del abismo y pareciendo que inevitablemente debía precipitarse en él, ha reaccionado vigorosamente, y por medio de sus energías interiores y con la aparición de personalidades providenciales, ha salido del peligro más unida y más fuerte que nunca, revelando su origen divino y la asistencia que la dispensa el Espíritu Santo.

A lo largo de la historia hallamos además la existencia de una anti-Iglesia, del “misterio de iniquidad” como dice San Pablo en su segunda Epístola a los Tesalonicenses, que ha constituido la oposición organizada y constante a la misión individual y social de la Iglesia Católica. La existencia y conocimiento de esta anti-Iglesia y de su actuación nos da la clave de muchos hechos históricos que de otra manera no la tendrían.

Las flaquezas y prevariaciones de algunos servidores de la Iglesia, expuestos con seriedad y sin apasionamiento, no son el menor argumento en pro de la divinidad de la misma.

Si a esto unimos la publicación y comentario de documentos pontificios y episcopales, que representan, especialmente los primeros, el pensamiento, por decirlo así, oficial de la Iglesia, creemos haber recurrido a uno de los mejores procedimientos para demostrar la unidad, catolicidad y santidad de la Iglesia, para hacerla amar como a nuestra Santa Madre y proporcionar argumentos para su defensa.

No quiere esto decir que sea la historia el único medio de probar y hacer sentir la divinidad de nuestra Santa Madre la Iglesia, pero sí que es uno excelente y que está más al alcance nuestro ya que no podemos sentar cátedra de teólogos ni filósofos, por lo menos la mayor parte de nosotros.

* * *

Por otra parte, como inspirados y seguidores del Apostolado de la Oración y de su santo y genial funda-

dor el P. Enrique Ramière, creemos firmemente que el lema adaptado, y conocido por todo el mundo "Adveniat Regnum Tuum", no es un ideal inasequible sino que la existencia de un Reinado Social del Divino Mestro, en un plazo más o menos largo, tras desastres mayores o menores, será un hecho.

Nos confirma en nuestra opinión las Encíclicas de los últimos Pontífices—de los cuales se ha hablado a menudo en nuestra Revista y se volverá a hablar una y otra vez—que frecuentemente y de una manera clarísima manifiestan sus esperanzas de que este ideal sea un hecho. Tomemos por ejemplo la Encíclica "Ubi arcano Dei", la primera de las publicadas por Pío XI, cuando veía al mundo desquiciado por las consecuencias de la Gran Guerra y se podía prever ya el fracaso de la Sociedad de las Naciones. Sostiene que la Iglesia tiene virtualidad para dar la paz al mundo e instaurar el Reino de Cristo, expresándose así:

"Pero hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes; institución que a todas las naciones se extiende y está sobre las naciones todas, provista de la mayor autoridad y venerada por la plenitud del magisterio: la Iglesia de Cristo; ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por el mandato divino, ya por su misma naturaleza y constitución, ya por la majestad misma que le dan los siglos".

La historia da la explicación de alguna de las afirmaciones que aquí hace Pío XI.

* * *

Fieles discípulos del P. Ramière, creemos con él que la Sociedad es algo más que una especie de buque-transporte de la humanidad, para que según los individuos vayan cayendo a la derecha o a la izquierda se salven o se condenen.

Tenemos la firme convicción de que Dios tiene un plan

sobre la Sociedad como tal, y que ésta progresa indefectiblemente hacia adelante, pese a retrocesos circunstanciales.

Esto es a lo que el P. Ramière llamó la "Teología de la Historia". A este tema se dedicó el número 5 de CRISTIANIDAD.

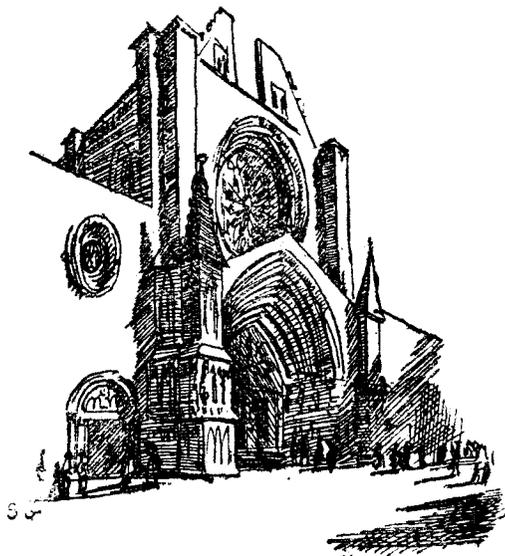
La idea de la intervención de la Providencia en la marcha de la Sociedad no es exclusiva ni original del P. Ramière. En realidad la inició San Pablo y San Lucas. Pero el que la desarrolló fué San Agustín que en obra genial, "La Ciudad de Dios", nos presenta la lucha, en el mundo, de las fuerzas opuestas que se disputan el triunfo, que ha de acabar siendo de la Ciudad de Dios. Poco desarrollada hasta Bossuet, ha llegado a ocupar en nuestros días un lugar destacado en la obra de insignes pensadores, aun cuando no le den precisamente este nombre. Especialmente Berdiaeff está lleno de esta idea. Probablemente entre los que afirman que la historia no se repite se hallaría, en su base, la idea providencialista en una u otra forma.

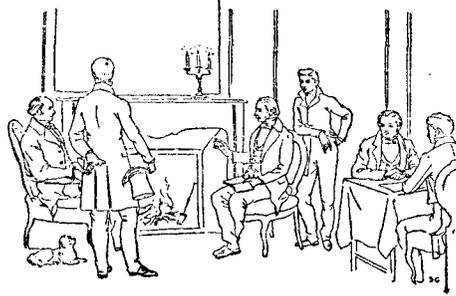
Nosotros al decir "Teología de la Historia" nos referimos a la posibilidad de considerar los hechos históricos a la luz de la Revelación con lo cual podemos explicarnos la esencia íntima de muchos acontecimientos. También, con prudencia y discreción, es posible, algunas veces, prever la marcha, por lo menos en líneas muy generales, de los acontecimientos futuros.

Pero para esto es preciso conocer la historia, por lo menos las tendencias de las distintas épocas, a menudo bien manifiestas en alguno o algunos hechos concretos.

Esto es lo que intentamos hacer con nuestros artículos sobre temas históricos, que no tienen nunca una finalidad de investigación o de simple divulgación sino que nos sirven para confirmar opiniones sustentadas por nuestra Revista.

Domingo Sanmartí Font





CARTA DE UN SUSCRITOR

SABIDURÍA SOBRENATURAL DE LOS PONTÍFICES

Nos complace presentar, hoy que dedicamos el número a hablar explícitamente de nuestra revista, una carta de un suscriptor.

Creerán algunos que hemos sido tentados por la alabanza. Sin embargo, algunas frases de la carta en cuestión merecen que corramos ese riesgo.

Barcelona, 5 de enero de 1945.
Sr. Director de CRISTIANDAD
Ciudad.

Muy Sr. mío:

Al terminar el año y releer los números de CRISTIANDAD me complace en unir mis plácemes a los muchos que indudablemente recibirá usted por la acertada publicación de esta revista QUE HACIA FALTA, no sólo para captar prosélitos, sino para ilustrar a los católicos, y me permito hacer un resumen de la impresión que su lectura atenta me ha producido.

El conjunto sugiere espontáneamente un comentario. ¡QUE SABIOS SON LOS PAPAS! ¡COMO SE VE QUE TIENEN LA ASISTENCIA SOBRENATURAL DEL ESPIRITU SANTO! Pues de otro modo no es posible que, a pesar de poseer un claro y cultivado talento, tengan el equilibrio perfecto que demuestran en las más diversas ocasiones, al señalar las normas a seguir y los peligros a evitar, y sean siempre tan ecuanímenes al condenar errores que no quieren rectificarse.

Consecuencia inmediata de ello, la imaginación presenta el cuadro de lo que sería el mundo, si las directrices de la Iglesia, expresadas por la voz de los Papas, fueran un control efectivo en el gobierno de las naciones; en una palabra, se siente la añoranza del Reinado Social de Jesucristo, que prácticamente, se traduce en el reconocimiento de la autoridad de la Iglesia.

Sucesivamente, a pesar de la aparente desarticulación de algunos de sus números, CRISTIANDAD con perfecta unidad de fondo y tendiendo a un fin bien determinado, orienta sobre la realidad de lo que ha de ser y será este Reinado Social de Jesucristo cuando la Iglesia ejerza plenamente su poder soberano en lo que atañe al gobierno espiritual de las almas, demostrando que además de no ser un reino temporal, no lleva involucrado en sí, ni el estancamiento intelectual, ni la teocracia, ni está vincula-

do a una forma de gobierno determinada, sino que este Reinado Social de Jesucristo siendo universal y eterno, posee por naturaleza la flexibilidad necesaria para adaptarse a las diferentes etapas evolutivas de la inteligencia humana y a todas las formas de gobierno libremente elegidas por las naciones, no estando en pugna más que con los errores y con aquellas legislaciones y políticas fundadas en postulados doctrinales que abierta o solapadamente atentan contra Dios y son por ello carcoma y base de ruina para las mismas naciones o pueblos que las sustentan.

Desvaneciendo temores ridículos de "ver un masón en cada esquina" y adivinar en todo maquinaciones tenebrosas de las sectas secretas, CRISTIANDAD temple el espíritu para la lucha al no paliar tampoco la fuerza del enemigo, indicando que es poderoso pero no invencible, y que la victoria es nuestra porque poseemos la promesa de Jesucristo.

Lo que podríamos llamar la técnica de los artículos, es también práctica y eficaz hasta lo sumo, de tal manera, que su redacción a base de textos autorizados y explicaciones y comentarios que indican profundo estudio de las cuestiones y echando mano de la filosofía y de la historia, y entrando a saco en el tesoro de la Iglesia, puede decirse que consiste en engarzar gemas en oro de ley, gemas preciosas de por sí, pero que adquieren mayor realce con esos engarces que son en ocasiones un verdadero primor. Quiero decir que el explicar, por ejemplo, las circunstancias que han motivado la aparición de un encíclica, copiando los párrafos que más puntualizan la idea que se pretende demostrar, es más eficaz la mayor parte de las veces que dar a leer el texto íntegro de la encíclica; señalar las consecuencias de un hecho histórico, aprovecha más que la descripción aunque sea muy detallada del mismo, y el indicar las desviaciones teológicas y filosóficas, impiden errores que sin esta voz de alerta se infiltran sutilmente aun en el ánimo de personas de probada ortodoxia, pero que sin una adecuada explicación no poseen el discernimiento necesario para rechazarlas.

Y termino, no porque acabe la materia del comentario, sino porque esta carta no tiene más objeto que felicitarle sinceramente por la magnífica labor de CRISTIANDAD y agradecerle lo que por ella he aprendido.

Un suscriptor.

El Fresno y el Manzano

Permita el lector que presentemos a los personajes: el señor Fresno es algo adusto y a veces malhumorado; se gana la vida solo en el monte (en el que como es sabido no todo es orégano); su principal industria consiste en la preparación de ciertas varas que le han dado muy mala fama entre según qué clase de gente; a todos los de su familia se les conoce por el apodo de "Fraxinus"...

El señor Manzano, amigo suyo, vive en sus bien regadas tierras y al propio tiempo de ellas vive; de un humor radiante cuando los acontecimientos se producen según sus deseos, no se le ve cuando la suerte empieza a serle adversa; sus frutos llamados "del cirio" han contribuido a darle cierta aureola de religiosidad; sin embargo, todos los de su familia son conocidos por el alias de "Malus".

La escena representa el despacho del señor Fresno; éste está trabajando.

Manzano. (*Entrando*). Usted siempre tan ocupado, amigo Fresno; ¿es que molesto?

Fresno. Pase, pase, amigo Manzano; (*mecánicamente*) no he de decirle que aquí usted no molesta nunca.

M. Muchas gracias (*curioscando por encima de la mesa*) ¿Así va a escribir usted en CRISTIANDAD?

F. ¡No, por Dios! ¿Cómo puede usted creer tal cosa? Esto son asuntos profesionales.

M. Si sólo son asuntos profesionales me tranquilizo, porque (*con aire protector*), no me perdonaría nunca haberle estorbado de escribir para esta revista a la que usted ya sabe que, a pesar de todo, continúo suscrito.

F. (*Para suavizar la alusión*). Nunca me estorba nadie cuando escribo, por la sencilla razón de que lo hago a horas muy avanzadas de la noche o la madrugada.

M. (*Amenazando con el dedo al señor Fresno*). Con seguridad que escribe a esas horas para poder cobrar los artículos con los suplementos de horas extraordinarias y de trabajo nocturno (*ríe ruidosamente, satisfecho de la propia broma*).

Y, a propósito, ¿de qué va a tratar en el próximo artículo (*con ironía creciente*), de la señorita de la Vallière? Pero no, es ya demasiado conocido. ¿Y de los Medos y de los Persas? Aunque ahora, según dice, son de actualidad. ¡Otra cosa será mejor! De los Seléucidas. ¡Del Imperio de los Seléucidas! Precisamente hace unos días hablaba de ello con un activo colaborador de su revista a propósito de una conferencia que él iba a dar y en la que se proponía combatir la tesis, sustentada por algunos, de que el último Imperio de la profecía de Daniel es el de los Seléucidas. (*Irónicamente*) No sé cuántos serán los que así piensan (a lo sumo dos o tres en toda la provincia de Barcelona, creo yo) pero, por pocos que sean, conviene refutarlos y contradecirlos antes de que sea demasiado tarde. ¡Es éste el asunto de mayor interés! Mire usted. ¡Abra el periódico! (*saca un periódico del bolsillo, lo abre y lo lee*). Vea la guerra de iniciales en Grecia. Entérese de lo que pasa en Rusia, en Alemania, en América, observe lo de Silesia y lo de Alsacia, pero, ¿qué gravedad tiene esto comparado con el Imperio de los Seléucidas?

F. (*Con paciencia*). No lo sé, porque no soy un especialista, o, como dicen los historiadores, los Seléucidas no son de mi período; pero, añadiré que de la misma ma-

nera que en su época los Seléucidas no sospechaban que yo iba a existir, me limito yo a tener una idea muy vaga de que acaso ha habido unos Seléucidas y lo curioso del caso es que me parece que no me voy a enterar exactamente de cómo eran hasta que en el Juicio Final los vea con mis propios ojos.

M. (*Paternalmente y comprensivo*). Claro que sí. Sé bien que usted no tiene ni sombra de la cultura de sus amigos. ¡La de veces que lo habré dicho en mi casa! Este Fresno sí que podría escribir buenos artículos; pero (*cabeciendo con conmiseración*), ¡si usted se empeña en seguir este camino!...

F. (*Timidamente alarmado*). ¿Qué camino?

M. ¿Qué camino va a ser? El de su último artículo. El de todos los artículos de la revista. ¿Qué le parece a usted de Celso?

F. (*Animándose*). Precisamente se me ha ocurrido que hay otros muchos párrafos de su obra que...

M. Deje al fin en paz a Celso. Lo que yo le pregunto es si le parece bien, en un número de Reyes, que se prestaría a tan bellas páginas literarias y tan oportunas consideraciones morales y sociales, que descuelgue usted de un rincón de su biblioteca a Celso, Columela, y otros muchos viejos esperpentos. Si ustedes hubiesen acogido todas las cartas que han recibido, que es lo que prometieron en su primer número, de otra manera habría ido su revista.

F. Verdaderamente, ahora alude usted a un aspecto penoso para mí. Hemos recibido en efecto varias cartas entre ellas dos muy atentas y razonadas de unos señores vascos en las que se protestaba de ciertos conceptos de un texto que citábamos en nuestro número dedicado a Santiago. Me duele decirle que no hemos procedido muy correctamente en este asunto, porque no hemos contestado dichas epístolas ni de una forma ni de otra. Pero sepa usted que yo también escribí a nuestro Director una carta a propósito de algunas de las crónicas internacionales y me parece mucho que tampoco ha sido publicada. ¿Qué le vamos a hacer? ¿De qué podemos quejarnos en estos tiempos azarosos? Únicamente puedo decirle que, según creo, procuraremos enmendarnos y portarnos mejor, pero con todo ello temo que me alejo de lo que usted decía, pues no recuerdo que en ninguna carta se nos haya advertido contra el peligro de citar al bueno de Columela.

M. Pero en muchas cartas se les ha advertido a ustedes sobre la conveniencia de abandonar temas que no pueden interesar más que a un corto número de católicos muy convencidos y bastante cultos, y lanzarse en cambio, con entusiasmo de apóstoles, a la evangelización y conquista de las clases populares, que tan necesitadas están de ello y que un peligro tan grande representan para nosotros. Este aspecto del peligro parece ignorado de ustedes.

En medio de un volcán, cada día más terrible, ustedes dedican lo mejor de su vida a recordar a la virgen Etería o a desempolvar encíclicas de los tiempos del Rey José. (*Con aire doctoral*). No sé si usted recordará la anécdota que se atribuye a unos gramáticos de Bizancio...

F. (*Interrumpiéndole*). Como todo el mundo, conozco la leyenda, y niego que sea aplicable a nuestro caso. Medite amigo Manzano, y en conciencia diga si en un

solo número de CRISTIANDAD ha dejado de aludirse a los peligros que la hora actual encierra, no sólo para nosotros, como usted dice, sino lo que es muchísimo más grave, para nuestra sociedad cristiana, y póngase una mano en el corazón y con la otra coja un número cualquiera de nuestra revista, por ejemplo éste dedicado a León XIII y diga honradamente si ninguna de las cuestiones que en él se plantean puede en justicia ser llamada bizantina.

M. Reconozco de buen grado que acaso será una exageración usar este calificativo, pero no hay duda de que precisamente en los números dedicados a León XIII, ustedes no supieron o no quisieron poner completamente de relieve lo más notable de este Papa, y que, a mi manera de ver, fué la sabia prudencia con que se anticipó al peligro obrero. Si en vez de ser un Papa de quien pocos hicieron caso, León XIII hubiese sido un gobernante con poder para obligar a todos, los obreros hubiesen visto satisfechas sus necesidades materiales y no hubiera tenido pábulo ninguna de las satánicas doctrinas que sacuden ahora a Europa en convulsiones de agonía.

F. Lamento amigo Manzano que sea ésta su manera de ver porque es decididamente errónea, aunque por ser demasiado sutil el error no sabré explicárselo bien.

Es ciertamente muy notable y digno de ser conocido lo que León XIII dijo e hizo en favor de la clase obrera y todo ello ha sido cumplidamente elogiado por Pío XI en su encíclica *Quadragesimo anno*, pero ello no es más que una faceta del pensamiento y de los sentimientos del gran Papa.

Usted entiende, por ejemplo, la encíclica *Rerum Novarum* como un avisado ardid político que, de haber sido llevado a la práctica, hubiese acallado a la fiera con unos mendrugos y usted se hubiese visto beneficiado con un siglo de la tranquilidad que tan conveniente es para sus intereses particulares.

En primer lugar le diré que opino que es un error creer que se pueda garantizar estabilidad alguna con sólo una legislación social prudente y hasta justa; a título de comparación se me ocurre que en la segunda mitad del año 1936, en muchos países de Europa, pacíficos y ordenados y hasta socialdemócratas y bien administrados, se creía que si era posible que los españoles se asesinasen despiadadamente, era por cuanto en España no se había alcanzado una justicia social en grado aceptable; ahora, son ellos los que por desgracia se matan en una lucha fratricida a la que nada importan los indiscutibles méritos de la legislación social de su país.

Pero este error no lo cometió León XIII y usted mismo debe acostumbrarse a ver las recomendaciones de carácter social del Papa como una consecuencia (importante si usted quiere, pero consecuencia nada más) del sistema de amor y sumisión a Dios y de mutua caridad entre hermanos, que nosotros deseamos con el nombre de Reinado Social de Jesucristo.

Esta justicia social que con razón exigen los obreros y esta tranquilidad que tan apreciada es por usted son sólo cosas que nos "serán dadas por añadidura"; no pueden existir aisladamente y mucho más insensato es todavía pretender un trueque, dando justicia a cambio de tranquilidad sin buscar como es obligatorio "el Reino de Dios y su Justicia".

M. No me es posible estar mucho tiempo con usted y por lo tanto no me entretendré en discutir, pero aun sin haberme convencido le diré que estas ideas son bastante bonitas y podrían tener también su éxito si ustedes las explicasen donde se deben explicar.

En el número de primero de enero, ustedes dicen que se dirigen "a convencidos y entusiastas". Grave error, en

mi opinión. No somos nosotros a los que hay que "trabajar" sino a las clases populares. Usted mismo decía que los Seléucidas no son de su período. Claro que no lo son. ¿Sabe cuál es su período? Pues el Siglo XX. Y su área, los barrios industriales que tan descristianizados están. Ustedes deberían hacer una revista que en vez de tener suscriptores en Sarriá y San Gervasio, los tuviesen en Sans y San Andrés, en Sestao en vez de en Neguri, en Cabrales y en el Grao en lugar de las mismas ciudades de Vigo y Valencia y cien suscriptores en Villaverde por cada uno que hubiese en la Castellana.

Usted, que por su profesión se pasa el día en contacto con los obreros, debe comprender la razón que me asiste y conseguir que se transforme su revista.

F. Ya que usted quiere terminar esta conversación tan instructiva y agradable para mí, voy a resumir brevemente nuestros puntos de vista sobre el particular.

Podría contestar simplemente que no nos lanzamos a esta tarea porque no nos sentimos llamados a ella y aún, preguntando la razón que nos obliga precisamente a nosotros.

Ya sé que usted podría replicarme que unos u otros han de ser los que se lancen a la conquista del obrero y que de momento nadie lo hace, pero me parece que si Dios mediante vamos a continuar con la misma orientación a pesar de las reiteradas excitaciones que recibimos en el sentido que usted indica, es probablemente debido a que creemos que los problemas de la hora presente no se pueden arreglar con soluciones tan ingenuas y que por su misma gravedad hay que referirlos a la trayectoria que según los planes providenciales sigue la Historia.

Usted me decía hace un momento que estas ideas "tan bonitas" del Reinado Social de Jesucristo no debían serle explicadas a usted a quien no convenían, sino que deberían difundirse por los barrios industriales donde podían tener "su éxito". Y muy probablemente es a usted a quien dichas ideas han de convencer primero, y de la misma manera que usted opinará que "alguien ha de ir a trabajar al obrero" nosotros opinamos que "alguien ha de ir a trabajarle a usted."

El explicar a los beneficiados lo que pasaría si se aplicasen las doctrinas sociales de la Iglesia, es acaso menos urgente que crear entre los que deberían aplicarlas el estado de conciencia indispensable para que estas doctrinas sean entendidas como una manifestación del futuro Reinado de Cristo y no como una artimaña casi electoral cualquiera.

Además, nosotros somos pocos y poco podemos hacer directamente, pero si conseguimos actuar sobre una masa mayor de católicos, al estar éstos mejor formados y convencidos con entusiasmo, podrán influir ya de una manera sensible sobre todas las capas de la sociedad.

Debe usted convencerse de que la más útil, la que da más "rendimiento", es la labor efectuada sobre personas inteligentes.

M. Usted dirá lo que quiera, pero en CRISTIANDAD viven de espaldas a la realidad (*gritando*); con el bien que hubiesen podido hacer explicando con todo detalle el último mensaje de Navidad del Papa!

F. Amigo Manzano, usted alza tanto la voz que a estas horas de la noche va a ser oído por los vecinos y tendremos más disgustos todavía.

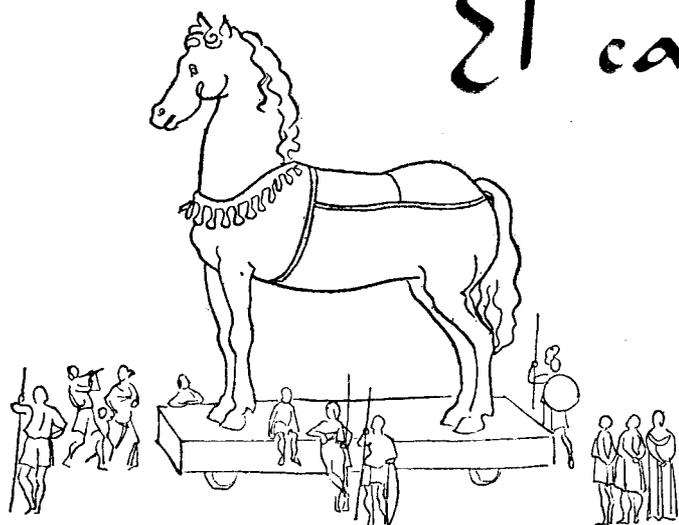
M. Bueno, pues, adiós. Otro día continuaremos.

F. Con mucho gusto; adiós y hasta otro día.

(El señor Manzano se va y el señor Fresno sigue trabajando).

Fraxinus Excelsior

El caballo de Troya



Tal vez algún lector de CRISTIANDAD, alejado del cultivo de las letras clásicas desde los tiempos de su bachillerato, tenga gusto en recordar de nuevo el episodio del caballo de Troya.

La fama de la guerra y del incendio de Troya se había extendido desde las orillas del Eurimedonte hasta el reino de los tirios, cuando Eneas, hijo de Anquises y de Venus, llega como náufrago a las costas de este país. Dido, su reina, le recibe en Cartago y le atiende como a un huésped famoso, y en el curso del banquete que celebra en su obsequio le ruega que cuente el ardid griego que decidió la suerte de la ciudad de Troya. Es el libro segundo de la Eneida.

Cansados los griegos por diez años de lucha inútil, edifican por arte de Palas su protectora un inmenso caballo de madera, fingiendo que es un voto para su próspero regreso. La fama del mismo se divulga. En los flancos oscuros de la bestia se oculta la flor de los guerreros griegos, designados por suerte.

Delante de la Ciudad está la Isla de Ténedos. Los griegos, fingiendo abandonar la empresa, esconden las naves en sus playas. Todo el mundo, en Troya, cree en su partida definitiva. Abre sus puertas la ciudad, salen todos gozosamente a inspeccionar los lugares donde los enemigos habían establecido sus reales, el lugar donde en otro tiempo estuvo la tienda de Aquiles, la playa donde habían estado arrimadas las naves.

No es lo que menos maravilla les causa el don fatal que en honor de Palas Minerva, la diosa innumpta, habían los griegos construído. Dos corrientes de opinión se producen. Unos, pretenden que se entre el caballo dentro de los muros de la Ciudad; otros que se destruya. El pueblo se divide entre ambos pareceres.

Desde la ciudadela, atravesando la multitud, Laoconte, corriendo, se abre paso:

“¡Tristes varones! ¿Qué locura es ésta?
¿O pensais que los griegos no están ya?
¿Pensais que sin engaño
ni fraude son, ofrendas de los griegos?
¿Conocéis así a Ulises? De guerreros
repleto está el madero cavernoso...
¡Desconfiad ya de este caballo, teucros!
¡Temo a los dánaos, aun si hacen ofrendas!

Dijo; y con fuerte impulso, clava su lanza en el vientre del monstruo. Todas sus entrañas resonaron de las ocultas armas; pero para ruina suya los troyanos continuaron ciegos a la realidad.

Un espía griego se presenta, presunto fugitivo. Él les cuenta sus cuitas; ellos se enternecen por su relato. A él se les ocurre, precisamente, preguntar por el sentido del extraño caballo:

—“¿Es un exvoto, o un ardid de guerra?”

Los que no habían sido vencidos por las armas de Aquiles, y habían resistido con éxito diez años de sitio, fueron vencidos por el engaño. Minerva no deja de apoyarlo misteriosamente: dos serpientes terribles aparecen en la playa y destrozan entre sus anillos a Laoconte, el sacerdote, y a sus hijos. Es la terrible escena que representa la conocida escultura helenística y que estudiara Lessing.

Los troyanos se conmueven de temor reverencial; el parecer de entrar el caballo dentro de los muros de la ciudad se impone. En vano por tres veces resuena todavía en sus entrañas el escondido bronce; en vano Casandra, la profetisa, vaticina sin ser creída la futura desdicha... Llega la noche. De la isla de Ténedos regresa de nuevo el ejército griego. Las puertas de la ciudad le son abiertas de par en par por los guerreros que, escondidos en el caballo, habían logrado introducirse en ella...

Más de un millar de años han transcurrido cuando Virgilio recoge todavía estos hechos en su poema inmortal.

En doble número los años se han vuelto a suceder desde que el cisne de Mantua hacía oír su voz. Los mismos, aproximadamente, que nos separan de la venida de Jesucristo.

Dos mil años son muchos años, incluso para una institución como la Iglesia que tiene el privilegio de la perennidad, si han sido, como fueron éstos, dos mil años de lucha incesante.

Sus enemigos se han ido sucediendo en el intento de expugnar sus murallas. Lo que no han conseguido por la fuerza lo han pretendido a menudo por la astucia.

No ha faltado, en estas ocasiones, quien ha aconsejado si no que Pedro les confiara la custodia de sus llaves, por lo menos que tratara con ellos. En nuestros mismos días, por ejemplo, una inmensa ternura se despierta en el corazón de algunos hacia los comunistas. ¿No hay que corresponder, por ventura, a los intentos que éstos vienen haciendo en los últimos años para entrar en contacto con los obreros católicos? ¿No abandonan sus posiciones materialistas, para retirarse a la isla del espiritualismo más tranquilizador?

A todos nos es dado examinar los parajes donde tenían establecidas sus viejas posiciones. ¡Ved como las han abandonado! Dirigentes nuestros, y dirigentes expertos al parecer, se dan por satisfechos de este examen y están dispuestos a aceptar sus avances. Otros se oponen.

Pero estábamos hablando del caballo de Troya. Realmente, no se que nos ocurre a los redactores de CRISTIANDAD que nos enamoramos tan a menudo de temas inactuales. Ya es tocar un tema bastante remoto ocuparse del siglo diecinueve; pero ¿a quién más se le hubiera antojado exhumar el viejo Virgilio con su viejo poema, de entre los restos más viejos todavía de unos textos de bachillerato? ¿Qué importa a nuestra época que el poeta cante:

“*Timaos danaos et dona ferentes*”?

Jaime Bofill

"A LA LUZ DEL VATICANO"

—“¿Cómo es posible que desde las páginas de CRISTIANDAD hablen ustedes sobre materias de índole política, o que rozan, cuando menos, los lindes de este coto, abierto solamente a los que mantienen tesis de un marcado carácter partidista?”.

—“¿Qué empeño les mueve a traer a colación a cada momento lo que dicen o han dicho los Papas, si lo que interesa en realidad son soluciones concretas e inmediatas?”.

Estas o parecidas preguntas las hemos oído formular en algunas ocasiones por varios lectores, muy reducidos en número, es cierto, pero lectores al fin de nuestra Revista y que como tales merecen nuestra consideración y en consecuencia una respuesta cortés y razonada.

Las palabras de extrañeza, o al menos de sorpresa, que no otra cosa contienen las interrogadoras frases que reproducimos, exigen por nuestra parte una previa y necesaria explicación.

Si nuestros amables opinantes al usar el vocablo “política” quieren significar aquellos principios básicos sobre los cuales se estructura la vida toda de la sociedad, y que son la razón última de las disposiciones reguladoras del desenvolvimiento de los pueblos, cierto es que CRISTIANDAD trata en sus páginas de temas políticos. Si “política” quiere decir poner de manifiesto los males que carcomen la estructura social y que impiden el reinado de la justicia, de la caridad, y por ende de la paz de Cristo, hablamos de política. Si “política” es equivalente a desentrañar los objetivos de las sectas, para poner en guardia a los católicos contra sus maquinaciones y perversidades, no hemos de negar que nos referimos en múltiples ocasiones a la política.

Más aún. Una de las razones fundamentales por las cuales CRISTIANDAD salió al palenque, fué precisamente para tratar de estas cuestiones y orientar con sus modestos medios a todos cuantos ansian una interpretación desapasionada, pero real, del malestar que consume al mundo y que lo anega en trágicas convulsiones; dando al propio tiempo a conocer, como servidores de la Verdad, el único remedio posible contra la gangrena infecciosa que deshace lenta, pero inexorablemente, el cuerpo social.

¿Cómo tratamos tan delicados temas? Pues muy sencillamente: A la luz del Vaticano; exponiendo y recordando, sobre todo, las enseñanzas de los Papas, contenidas principalmente en sus hermosas y sublimes encíclicas, verdaderos compendios de todo cuanto conviene al hombre y a la humanidad en general.

No somos ni pretendemos otra cosa, por consiguiente, que ser voceros, propagadores, de las doctrinas emanadas de la Cátedra Apostólica.

No tratamos de explicar ni de interpretar al Sumo Pontífice. Al Papa no se le desaprueba ni se le aprueba: se le acata. Por eso esta sección lleva como distintivo señero, las palabras “A la luz del Vaticano”.

Este empeño por nuestra parte de ir recordando cons-

tantemente las enseñanzas de los Romanos Pontífices, nace del hecho inconcuso de que sólo la Iglesia puede dar a los individuos y a la sociedad el remedio que necesitan, pues no hemos de olvidar que “el cargo de predicar, esto es de enseñar, por derecho divino compete a los maestros, a los que el Espíritu Santo ha instituido Obispos para gobernar la Iglesia de Dios, y principalmente al Pontífice Romano, Vicario de Jesucristo, *puesto al frente de la Iglesia Universal con potestad suma, como maestro de lo que se ha de creer y obrar*” (Enc. *Sapientiae Christianae*).

Nosotros, hijos sumisos de la Iglesia, no tenemos otros fines que hacer patente esta constante actividad de los Papas para encauzar a la Humanidad por los senderos de la Verdad suprema; no nos guían destellos fulgurantes de ilusoria consistencia, sino únicamente el faro perenne que desde la cima del Vaticano irradia su luz esplendorosa, capaz de iluminar a las inteligencias no ensombrecidas por la maldad, el odio o el culpable desdén.

Pero si CRISTIANDAD dice algo que no sea la simple reproducción en sus columnas de la doctrina de la Iglesia, no creemos que pueda ser por ello objeto de censuras, pues como dice S. S. León XIII en su Encíclica antes citada, “*nadie crea que se prohíbe a los particulares poner en uso algo de su parte*, sobre todo a los que Dios concedió buen ingenio y deseo de hacer bien; los cuales, cuando el caso lo exija, pueden fácilmente, no ya arrogarse el cargo de doctor, pero si comunicar a los demás lo que ellos han recibido, siendo así como el eco de la voz de los maestros”. Claro está que no responde al sentir de la Iglesia, la cita de las enseñanzas pontificias forzando la traducción del texto original o de un modo tan fragmentario que trastueque el pensamiento auténtico de los Papas. Tales citas, hechas generalmente sin referirlas a las ideas fundamentales que las presiden, dan pábulo a versiones inexactas de la inquebrantable posición de los Pontífices ante los problemas gravísimos que tiene planteados la sociedad, y son fuente de desorientación y confusión.

A todos, pues, nos obliga el prestar atención a las palabras del Vicario de Jesucristo. Y no sólo a escucharlas con reverencia, sino a aceptarlas resueltamente sin distinguos insultantes y sin capciosas interpretaciones. Al Papa se le obedece por entero, sin precisar límites: “*nadie crea que se ha de obedecer a la autoridad de los Prelados y principalmente del Romano Pontífice solamente en lo que toca a los dogmas, cuando no se pueden rechazar con pertinacia sin cometer crimen de herejía. Ni tampoco basta admitir con sinceridad las enseñanzas que la Iglesia, aunque no están definidas con solemne declaración, propone con su ordinario y universal magisterio como reveladas por Dios... sino además uno de los deberes de los cristianos es dejarse regir y gobernar por la autoridad y dirección de los Obispos y, ante todo, por la Sede Apostólica*”. (Enc. citada).

Los que piden soluciones concretas e inmediatas no hablan cuando menos con la necesaria exactitud. No exis-

ten soluciones varias; solamente hay una que merezca el título de tal, y ésta es la que la Iglesia nos propone. Allí está el único remedio. Puede haber, ciertamente, calmantes más o menos activos o más o menos duraderos—por ejemplo, el hecho de la cesación de hostilidades es preferible a la misma guerra — pero en definitiva no pasan de ser lo que son, atenuantes.

La solución definitiva y concreta sólo se halla en el cumplimiento sincero de lo que el Papa nos ordena, recordando que *“la obediencia ha de ser perfecta* porque lo manda la misma fe, y tiene esto de común con ella, que ha de ser indivisible, hasta tal punto que no siendo absoluta y enteramente perfecta, tendrá las apariencias de obediencia, pero la realidad no” (Enc. citada).

Y esta profunda compenetración con lo que nos enseña el Magisterio infalible de la Iglesia, ha de llenar nuestro corazón y ha de injertarse en toda nuestra manera de ser y de obrar. Oigamos otra vez al Papa León XIII: “Por lo que toca a las opiniones, *es de toda necesidad* estar penetrados, y declararlo en público siempre que la ocasión lo pidiese, de todo cuanto los Romanos Pontífices han enseñado o enseñaren en adelante” (Enc. *Inmortale Dei*).

¡Oh si los hombres estuvieran siempre atentos a la voz augusta de los Papas! ¡Cuán diferentes serían las perspectivas del porvenir que se ofrecerían al mundo entero! El propio León XIII afirmaba, doliéndose de la ceguera voluntaria de la humanidad: “Los conatos de las sectas serían vanos si la doctrina de la Iglesia y la auto-

ridad de los Romanos Pontífices *hubiesen permanecido siempre en el debido honor, tanto entre los príncipes como entre los pueblos*” (Enc. *Quod Apostolici muneris*).

No olvidemos que la necesidad de conocer los males de la época y de conocer también los remedios adecuados, es en estos momentos agobiante. Lo dice el Papa felizmente reinante S. S. Pío XII: “Nos estamos persuadidos que el principal deber que nos impone nuestro oficio y nuestro tiempo es dar testimonio de la verdad con fortaleza apostólica — *testimonium perhibere veritati*. Este deber implica necesariamente *la exposición y la refutación* de errores y culpas humanas que es menester conocer para que sea posible el tratamiento y la cura”, y sigue más adelante el Pontífice: “En el cumplimiento de este nuestro deber no nos dejaremos influir por consideraciones terrenas, ni titubaremos por desconfianzas y contradicciones, por repulsas e incomprendimientos, ni por temor de malas inteligencias y de falsas interpretaciones” (Enc. *Summi Pontificatus*).

He ahí la *política* (en su más noble significado) de la Iglesia. Difundirla y hacerla amar y sentir por todos, es nuestro máximo ideal y al mismo tiempo nuestra más cara esperanza.

¿Cabe otro modo de pensar y de expresarse que no presuponga por nuestra parte la necesidad de abrir, con aceptación plena, nuestras inteligencias y nuestros corazones a *la luz del Vaticano?*

José-Oriol Cuffi Canadell

Mensaje de Navidad de S. S. el Papa Pío XII

¿La actual guerra, punto de partida para una paz sólida y duradera?

“Benignitas et humanitas apparuit salvatoris Dei.” (Tit., c. 3, v. 4.)

NAVIDAD. FIESTA DE LA DIGNIDAD HUMANA

Por sexta vez desde el comienzo de esta horrible guerra, la santa liturgia de Navidad saluda con estas palabras, que exhalan serena paz, la venida entre nosotros del Dios Salvador a la humilde y pobre cuna de Belén, y al atraer la aliciente e inefable atención de todos los creyentes, hasta lo más profundo de los corazones entenebrecidos, afligidos y abatidos baja un torrente de luz y alegría, invadiéndolos completamente, y vuelven a alzarse las serenas frentes inclinadas, porque la Navidad es la fiesta de la dignidad humana, la fiesta del admirable intercambio por el cual el Creador del género humano, tomando un cuerpo vivo, se dignó nacer de la Virgen y con su venida nos donó su divinidad. (Ant. 1 in 1 vesp. in circumc. dom, y t.)

LA LUZ RESPLANDECE EN MEDIO DE LAS TINIEBLAS Y LAS TINIEBLAS NO LA HAN RECIBIDO

Pero nuestros ojos vuelan espontáneamente desde el esplendoroso niño del portal al mundo que nos rodea, y la dolorida exclamación del evangelista Juan sube a nuestros labios: “Lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt” (Jo., L. 5). La luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido porque desgraciada-

mente también esta sexta vez la aurora de la Navidad se alza sobre los campos de batalla, cada vez más dilatados; sobre los cementerios, en donde se acumulan numerosos despojos de víctimas; sobre tierras desiertas, en donde las escasas torres vacilantes señalan con su silenciosa tristeza las ruinas de ciudades antes prósperas y florecientes y en donde campanas derribadas o arrebatadas ya no despiertan a los habitantes con su alegre canto de Navidad. Son otros tantos testigos mudos que denuncian esta mancha en la historia de la Humanidad, que voluntariamente ciega ante la claridad de Aquel que es esplendor y luz del Padre, voluntariamente alejada de Jesucristo, ha descendido y ha caído en ruina y en abdicación de su propia dignidad, hasta que la pequeña lámpara se ha apagado en muchos majestuosos templos y en muchas modestas capillas, donde junto al sagrario había sido compañera en vigiliias del Huésped Divino. Mientras que el mundo dormía, ¡qué desolación, qué contraste! ¿No habría, pues, esperanza para la Humanidad? ¡Aurora de esperanza, bendito sea el Señor!

LA ESPERANZA EN UNA ERA NUEVA DE PAZ Y REORGANIZACIÓN DEL MUNDO

Una aurora de esperanza se eleva de entre los lúgubres gemidos del dolor, del seno mismo de la angustia desgarradora de individuos y pueblos oprimidos. Una idea, una voluntad cada día más clara y firme surge en una falange cada vez mayor, de nobles espíritus, de hacer de esta guerra mundial, de este universal desbarajuste, el punto de partida de

una era nueva para la renovación profunda y la reorganización total del mundo. De esta manera, mientras siguen afanándose los ejércitos en luchas homicidas, con medios de combate cada día más crueles, los hombres de gobierno, representantes responsables de las naciones, se reúnen en coloquios y en conferencias para determinar derechos y deberes fundamentales sobre los que se debería reedificar una unión de los Estados para trazar el camino hacia un porvenir mejor, más seguro y más digno de la Humanidad. *Extraña antítesis; la coincidencia de una guerra cuya rudeza tiende a llegar al paroxismo con notable progreso de aspiraciones y de propósitos hacia el acuerdo para una faz sólida y duradera.*

EL PROBLEMA DE LA DEMOCRACIA ACOMODADA A LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA HORA PRESENTE Y ANTE LA ACTITUD NUEVA DE LOS PUEBLOS

Sin duda ninguna que se podrá discutir el valor, la posibilidad, la aplicación y la eficacia de una u otra propuesta. Bien podrá quedar en suspenso el juicio sobre ellas, pero siempre será verdad que el movimiento avanza y que el problema de la democracia, además, es tal vez el punto más importante. Los pueblos, al siniestro resplandor de la guerra que les rodea, en medio del ardoroso fuego de hornos que les aprisiona, se han como despertado de un prolongado letargo. Ante el Estado han adoptado una actitud nueva, interrogativa, crítica y desconfiada. Por una amarga experiencia se oponen con mayor ímpetu a los monopolios de un poder dictatorial, incontrolable e intangible y exigen un sistema de gobierno que sea más compatible con la dignidad y con la libertad de los ciudadanos. Las multitudes inquietas, trastornadas por la guerra hasta las capas más profundas, están hoy día penetradas, por persuasión, al principio tal vez vaga y confusa, pero ahora ya incoercible, de que si no hubiera faltado la posibilidad de sindicarse y corregir la actividad de los poderes públicos, el mundo no habría sido arrasado por el torbellino desastroso de la guerra y de que para evitar en adelante la repetición de semejante catástrofe es necesario crear en el pueblo mismo garantías. Siendo tal la disposición de ánimos no hay caso para maravillarse de que la tendencia democrática inunde los pueblos y obtenga fácilmente la aprobación y asenso de los que aspiran a colaborar más eficazmente en los destinos de los individuos y de la sociedad.

LA IGLESIA Y LOS GOBIERNOS DE FORMA POPULAR

Apenas es necesario recordar que, según las enseñanzas de la Iglesia, no está prohibido preferir gobiernos moderados de forma popular, salvando con todo la doctrina católica acerca del origen y el ejercicio del poder público y que la Iglesia no reprueba ninguna de las varias formas de gobierno con tal de que se adapten por sí mismas a procurar el bien de los ciudadanos. (León XIII, encíclica "Libertas", 20 de junio de 1888).

Si, pues, en esta solemnidad, que conmemora al mismo tiempo la benignidad del Verbo Encarnado y la divinidad del hombre, dignidad entendida no sólo bajo el aspecto personal sino también en la vida social, Nos dirigimos nuestra atención al problema de la democracia para examinar según qué normas la deben regular, para que se pueda llamar una verdadera y sana democracia, acomodada a las circunstancias de la hora presente esto indica claramente que el cuidado y la solicitud de la Iglesia se dirige no tanto a su estructura y organización exterior, que dependen de las aspiraciones propias de cada pueblo, cuanto al hombre, con tal de que lejos de ser objeto, como elemento pasivo de la vida social, es, por el contrario, y debe ser y seguir siendo, su agente, su fundamento y su fin, supuesto que la democracia, entendida en sentido lato, admite diversidad de formas y puede tener lugar tanto en las monarquías como en las repúblicas.

Dos cuestiones se presentan a nuestro examen. Primera. Qué caracteres deben distinguir a los hombres que viven en democracia bajo un régimen democrático. Segunda. Qué caracteres deben distinguir a los hombres que en la democracia ejercitan el poder público.

CARACTERES PROPIOS DE LOS CIUDADANOS EN EL RÉGIMEN DEMOCRÁTICO

Manifestar su parecer sobre deberes y sacrificios que se les imponen y no verse obligados a obedecer sin haber sido oídos. He ahí dos derechos del ciudadano que encuentran en la democracia, como lo indica su mismo nombre, su expresión por solidez, armonía y buenos frutos. De este contacto entre ciudadanos y Gobierno del Estado se puede reconocer si una democracia es verdaderamente sana y equilibrada y cuál es su fuerza de vida y de desarrollo. Además, por lo que se refiere a la extensión y a la naturaleza de los sacrificios pedidos a todos los ciudadanos, en nuestra época, cuando es tan vasta y decisiva la actividad del Estado, la forma democrática de gobierno se presenta a muchos como postulado natural impuesto por la razón misma.

Pero cuando se reclama más democracia y mejor democracia, una tal exigencia no puede tener otra significación que la de poner al ciudadano cada vez más en condición de tener opinión personal propia y de manifestarla y hacerla valer de manera conveniente para el bien común del pueblo y la masa. De esto se deduce una primera conclusión necesaria, con su consecuencia práctica: *el Estado no contiene en sí ni reúne mecánicamente en determinado territorio una aglomeración amorfa de individuos; es y debe ser, en realidad, unidad orgánica y organizadora de un verdadero pueblo. Pueblo y multitud amorfa o, como se suele decir, masa, son dos conceptos diversos. El pueblo vive y se mueve con vida propia; la masa es por sí misma inerte y no puede recibir movimiento sino de fuera.* El pueblo vive de la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales en su propio puesto y a su manera es persona consciente de sus propias responsabilidades y sus convicciones propias; la masa, por el contrario, espera el impulso de fuera, juguete fácil en manos de un cualquiera que explota sus instintos o impresiones, dispuesta a seguir cada vez una bandera: hoy ésta, mañana aquélla.

La exuberancia de vida de un pueblo verdadero se difunde abundante y rica en el Estado y en todos sus órganos, infundiendo en ellos, con vigor que renueva incesantemente, la conciencia de la propia responsabilidad, el verdadero sentimiento del bien común. De la fuerza elemental de la masa, hábilmente manejada y usada, puede también servirse el Estado. En manos ambiciosas, de uno sólo o de muchos agrupados artificialmente por tendencias egoístas, puede el mismo Estado, con apoyo de la masa reducida a no ser más que una simple máquina, imponer su arbitrio a la parte mejor del verdadero pueblo. Así el interés común queda gravemente herido y por mucho tiempo, y la herida es muchas veces difícilmente curable.

Con lo dicho aparece clara otra conclusión: la masa, como Nos la acabamos de definir, es enemiga capital de la verdadera democracia y de su ideal de libertad y de igualdad. En un pueblo digno de tal nombre, el ciudadano siente en sí mismo la conciencia de su responsabilidad, de sus deberes y de sus derechos, su libertad unida al respeto de la libertad y dignidad de los demás. En un pueblo digno de tal nombre, todas las desigualdades, que proceden, no del arbitrio, sino de la naturaleza misma de sus cosas—desigualdades de cultura, bienes, posición social; sin menoscabo, por supuesto, de la justicia y de la caridad mutua—, no son, de ninguna manera, obstáculos a la existencia y al predominio de un auténtico espíritu de comunidad y fraternidad. Más aún: esas desigualdades, lejos de lesionar en manera alguna la igualdad civil, le dan su significado legítimo, es decir: que ante el Estado cada uno tiene derecho de vivir honradamente su existencia personal en el puesto y en las condiciones en que los designios y la disposición de la Providencia lo han colocado.

Como antítesis de este cuadro del ideal democrático de libertad e igualdad en un pueblo gobernado por manos honestas y pródigas, ¡qué espectáculo presenta un Estado democrático dejado al arbitrio de la masa! La libertad del deber moral de la persona se transforma en pretensión tiránica de desahogar libremente los impulsos y apetitos humanos, con daño de los demás; la igualdad degenera en nivelación mecá-

A LA LUZ DEL VATICANO

nica, en uniformidad monócrona. El sentimiento del verdadero honor, la actividad personal, el respeto de la tradición, la dignidad, en una palabra, todo lo que da a la vida su valor, poco a poco se hunde y desaparece y únicamente sobreviven, por una parte, víctimas engañadas por la fascinación aparatosa de la democracia — fascinación que se confunde ingenuamente con el espíritu mismo de la democracia, con la libertad e igualdad—, y por otra, explotadores, más o menos numerosos, que han sabido, mediante la fuerza del dinero o de la organización, asegurarse sobre los demás una posición privilegiada y aun el mismo Poder.

CARACTERES DE LOS HOMBRES QUE EN LA DEMOCRACIA EJERCEN EL PODER PÚBLICO

El Estado democrático, monárquico o republicano, como cualquier otra forma de Gobierno, debe estar investido con el poder de mandar con autoridad verdadera y efectiva. El orden mismo absoluto de los seres y de los fines, que presenta al hombre como persona autónoma — es decir, como sujeto de deberes, y de derechos inviolables — es raíz y término de su vida; única autoridad sin la cual no podría existir ni vivir. Porque si los hombres, valiéndose de su libertad personal, negasen toda dependencia de una autoridad superior, provista del derecho de coacción, por el mismo hecho socavarían el fundamento de su propia dignidad y libertad; o, lo que es lo mismo, aquel orden absoluto de los seres y fines establecidos sobre esta base común, *la persona, el Estado y el Poder público, con sus respectivos derechos, están tan unidos o conexos que, o se sostienen o se destruyen juntamente. Y puesto que aquel orden absoluto, a la luz de la sana razón, y especialmente a la luz de la fe cristiana, no puede tener otro origen que un Dios personal Creador nuestro, se sigue que la dignidad del hombre es la dignidad de la imagen de Dios; la dignidad del Estado es la dignidad de una comunidad moral que Dios ha querido, y que la dignidad de la autoridad política es la dignidad de su participación de la autoridad de Dios. Ninguna forma de Estado puede dejar de tener en cuenta esta conexión íntima e indisoluble, y mucho menos la democracia.*

Por consiguiente, si quien ejercita el Poder público la ve y, más o menos, la descuida, remueve en sus mismas bases su propia autoridad. Igualmente, si no da la debida importancia a esta relación, y no ve en su cargo la misión de actuar en el orden establecido por Dios, surgirá el peligro de que el egoísmo del dominio o de los intereses prevalezca sobre las exigencias esenciales de la moral política y social y de que las vanas apariencias de una democracia de pura fórmula sirvan, no pocas veces, para enmascarar lo que es en realidad lo menos democrático.

Únicamente la clara inteligencia de los fines señalados por Dios a todas las sociedades humanas, unida al sentimiento profundo de los deberes sublimes de la labor social, puede poner a los que se les ha confiado el Poder en condición de cumplir sus propias obligaciones en el orden legislativo, judicial o ejecutivo, con aquella conciencia de la propia responsabilidad, con aquella objetividad, con aquella imparcialidad, con aquella lealtad, con aquella generosidad y con aquella incorruptibilidad sin las que un gobierno democrático difícilmente lograría obtener el respeto, la confianza y la adhesión de la parte mejor del pueblo.

EL PODER LEGISLATIVO

El profundo sentimiento de los principios de un orden político y social, sano y conforme a normas de derecho y de justicia, es de particular importancia en quienes, sea cual fuera la forma del régimen democrático, ejecutan como representantes del pueblo en todo o en parte el poder legislativo. Ya que el centro de gravedad de una democracia normalmente constituída reside en esta representación popular de la que irradian las corrientes políticas a todos los campos de la vida pública, tanto para el bien como para el mal,

la cuestión de elevación moral, de idoneidad práctica, de la capacidad intelectual de los designados para el Parlamento es para cualquier pueblo de régimen democrático cuestión de vida o muerte, de prosperidad o de decadencia, de saneamiento o de perpetuo molestar para llevar a cabo una acción fecunda, para obtener la estima y confianza de todo el cuerpo legislativo. La experiencia lo demuestra indudablemente; debe recoger en su seno una selección de hombres espiritualmente eminentes y de carácter firme que se consideren como representantes de todo el pueblo, y no ya como mandatarios de una muchedumbre a cuyos intereses particulares muchas veces, por desgracia, se sacrifican las reales necesidades y las exigencias del bien común; una selección de hombres no limitada a una profesión o a una condición determinada, sino imagen de la múltiple vida de todo un pueblo; una selección de hombres de sólidas convicciones cristianas, de juicio justo y seguro, de sentido práctico y ecuánime, coherente consigo mismo en todas las circunstancias; hombres de doctrina clara y sana, de designios firmes y rectilíneos; hombres, sobre todo, capaces, en virtud de la autoridad que emana de su conciencia pura y ampliamente se irradia y se extiende en su derredor, de ser guías y dirigentes, sobre todo en tiempos en que las urgentes necesidades sobreexcitan la impresionabilidad del pueblo y lo hacen propenso a la desorientación y al extravío; hombres que en períodos de transición, atormentados generalmente y lacerados por pasiones, por opiniones divergentes y por opuestos programas, se sienten doblemente obligados a hacer circular por las venas del pueblo y del Estado, quemadas por mil fiebres, el antídoto espiritual de las visiones claras de bondad solícita de justicia, que favorece a todos igualmente, y la tendencia de la voluntad hacia la unión y la concordia nacional en un espíritu de sincera fraternidad.

EL EGOÍSMO COMO FACTOR CORROSIVO DE LA DEMOCRACIA:

EL ABSOLUTISMO DEL ESTADO

Los pueblos cuyo temperamento espiritual y moral es suficientemente sano y fecundo, encuentran en sí mismos y pueden dar al mundo los heraldos y los instrumentos de la democracia que viven con aquellas disposiciones y las saben de hecho llevar a la práctica; en cambio, donde faltan semejantes hombres, vienen a ocupar su puesto para convertir la actividad política en campo de su ambición y afán de aumentar sus propias ganancias, las de su casta y clase, mientras la búsqueda de intereses particulares hace perder de vista y pone en peligro el verdadero bien común con el absolutismo del Estado. Una sana democracia fundada sobre los principios inmutables de la ley natural y de la verdad revelada será resueltamente contraria a aquella corrupción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin frenos y sin límites, y que hace también del régimen democrático, a pesar de las apariencias contrarias, pero vanas, un puro y simple sistema de absolutismo. El absolutismo del Estado no hay que confundirlo con la monarquía absoluta, de la que ahora no hablamos, y consiste en el hecho, en principio erróneo, de que la autoridad del Estado es ilimitada y que frente a ella, aun cuando da rienda suelta a sus miras despóticas, traspasando los límites del bien y del mal, no cabe apelación alguna a una ley superior que obliga moralmente. A un hombre poseionado de ideas rectas sobre el Estado, la autoridad y el poder de que éste está revestido en cuanto que es custodio del orden social, jamás se le ocurrirá ofender la majestad de la ley positiva dentro de los límites de sus naturales atribuciones; *pero esta majestad del derecho positivo humano es inapelable únicamente cuando se conforma, o al menos no se opone, al orden absoluto establecido por el Creador y presentado con nueva luz por la Revelación del Evangelio, y esa majestad no puede subsistir sino en cuanto respeta el fundamento sobre el cual se apoya la persona humana, no menos que el Estado y el Poder público. Este es el criterio fundamental de toda forma de gobierno sana y aun de la democracia, criterio con el cual se debe juzgar el valor moral de todas las leyes particulares.*

NATURALEZA Y CONDICIONES DE UNA EFICAZ ORGANIZACIÓN DE LA PAZ. LA UNIDAD DEL GÉNERO HUMANO Y LA SOCIEDAD DE LOS PUEBLOS

Nos hemos querido, amados hijos e hijas, aprovechar la ocasión de la fiesta de Navidad para indicar *por qué caminos una democracia que sea conforme a la dignidad humana puede, en armonía con la ley natural y con los designios de Dios, manifestados en la Revelación, llegar a resultados beneficiosos.* En efecto, Nos sentimos profundamente la importancia suma de este problema para el progreso pacífico de la familia humana, pero *al mismo tiempo nos damos cuenta de las grandes exigencias que esta forma de gobierno impone a la madurez moral de cada uno de los ciudadanos, madurez moral a la que en vano se podría tener la esperanza de llegar plena y seguramente si la luz de la cueva de Belén no iluminase el oscuro sendero por el que los hombres desde el borrascoso presente se encaminan hacia un porvenir que esperan más sereno.* Pero ¿hasta qué punto los representantes y guías de la democracia estarán penetrados en sus deliberaciones por la convicción de que el orden absoluto de los seres o de los fines que Nos hemos recordado repetidas veces incluye también, como exigencia moral y como coronamiento del desarrollo social, la unidad del género humano y de la familia de los pueblos? Del reconocimiento de este principio depende el porvenir de la paz. Ninguna reforma mundial, ninguna garantía de paz puede hacer abstracción de él sin debilitarse ni renegar de sí misma. Si, por el contrario, esa misma exigencia moral hallase su actuación en una sociedad de pueblos que supiese evitar los defectos de estructura y las imperfecciones de las soluciones precedentes, entonces la majestad de aquel orden regularía y dominaría igualmente las deliberaciones de esta sociedad y las aplicaciones de sus medios.

AUTORIDAD Y DEBERES DE UNA EFECTIVA SOCIEDAD DE PUEBLOS

Por el mismo motivo, se entiende de qué manera la autoridad de una tal sociedad de pueblos tendrá que ser verdadera y efectiva sobre los Estados que son miembros de ella, pero de modo que cada uno de ellos conserve igual derecho a su relativa soberanía. Únicamente así el espíritu de la sana democracia podrá entrar en el vasto y escabroso campo de la política exterior contra la guerra de agresión, como solución de las controversias internacionales.

Por lo demás, un deber obliga a todos; un deber que no sufre demora alguna, ni dilación, ni zozobra, ni tergiversación: el de hacer todo cuanto sea posible para proscribir y desterrar de una vez para siempre la guerra de agresión como solución legítima de las controversias internacionales y como instrumento de las aspiraciones nacionales. Se han visto en lo pasado muchas tentativas emprendidas con este fin. Todas han fracasado, y todas fracasarán siempre, mientras la parte más sana del género humano no tenga la voluntad firme, santamente obstinada, como una obligación de conciencia, de cumplir la misión que en los tiempos pasados había iniciado con seriedad y resolución.

Si jamás una generación ha tenido que sentir en el fondo de la conciencia el grito de ¡guerra a la guerra!, ésa es, sin duda, la actual, pasando, como ha pasado a través de un océano de sangre y lágrimas como tal vez nunca conocieron los tiempos pretéritos. Esta generación ha vivido tan intensamente sus indecibles atrocidades que el recuerdo de tantos errores tendrá que quedársele estampado en la memoria y hasta en lo más profundo del alma, como la imagen de un infierno del que todo aquel que nutra en su corazón sentimientos de humanidad no podrá tener jamás ansia más ardiente que la de cerrar las puertas para siempre.

La formación de un órgano común, las decisiones hasta ahora conocidas de las comisiones internacionales permiten deducir que un punto esencial de cualquier futuro arreglo del mundo sería la formación de un órgano para el mantenimiento de la paz, órgano investido de autoridad suprema por común asentimiento contra toda agresión aislada o colectiva; ninguno podría saludar con mayor gozo esta evolución que quien ya desde hace mucho tiempo ha defendido el principio

de que la teoría de la guerra como medio apto y proporcionado para resolver los conflictos internacionales ha sido ya superada; ninguno podría desear con mayor ardor el éxito pleno y feliz a esta común colaboración, que debe emprenderse con una seriedad de propósitos no conocida hasta ahora, que quien concienzudamente se ha dedicado a conducir la mentalidad cristiana y religiosa a la reprobación de la guerra moderna, con todos sus medios monstruosos de lucha, con progreso e invenciones humanas que deberían conseguir la realización de un bienestar mayor para toda la humanidad, y se han revuelto, por el contrario, para destruir lo que los siglos habían edificado; pero con eso mismo se ha puesto cada vez más en evidencia la inmoralidad de la guerra de agresión y si ahora se añade el reconocimiento de que a esta inmoralidad amenaza una intervención jurídica de naciones y un castigo que la sociedad y el Estado imponga al agresor de manera que la guerra se sienta siempre bajo la condena de la proscripción y siempre vigilada por una acción preventiva, entonces sí que la humanidad, al salir de la oscura noche en que ha estado tanto tiempo sumergida, podrá saludar la aurora de una época nueva y mejor de su historia y de su estatuto, que excluye toda injusta imposición.

Pero esto con una condición: que la organización de la paz, a la que mutuas garantías, y donde sea necesario, sanciones económicas y aun intervención armada, deberían dar vigor y estabilidad, no consagre ninguna injusticia ni tolere lesión en ningún derecho con detrimento de algún pueblo, sea que pertenezca al grupo de vencedores, o de vencidos, o de neutrales, ni perpetúe ninguna imposición o carga, tolerable sólo temporalmente como reparación de daños de guerra.

Es cosa humanamente explicable, y con toda probabilidad será prácticamente inevitable, que algunos pueblos a cuyos gobiernos o quizá también, en parte, a ellos mismos se atribuye la responsabilidad de guerra, tengan que sufrir por algún tiempo rigores de *medidas de seguridad*, hasta que vínculos de confianza mutua, rotos violentamente, no vuelvan a reanudarse poco a poco. Y, sin embargo, estos mismos pueblos tendrán que tener también esperanzas bien fundadas, según la medida de su cooperación leal y efectiva a los esfuerzos para restauración futura, de poder estar asociados juntamente con los demás Estados, y con igual consideración y con los mismos derechos, a la gran comunidad de naciones. Negarles esta esperanza sería lo opuesto a una previsora cordura, sería cargar con una grave responsabilidad, cerrar el camino a una liberación general de todas las desastrosas consecuencias materiales, morales y políticas del gigantesco cataclismo, que ha sacudido hasta las profundidades más recónditas a la pobre familia humana; pero que al mismo tiempo le han señalado la vía hacia nuevas metas las austeras lecciones del dolor.

VUELTA A LA SOLIDARIDAD OLVIDADA. LA ESCUELA DEL DOLOR Y LA NIEBLA DEL ODIO

No queremos renunciar a la esperanza de que los pueblos, pasados todos ellos por la escuela del dolor, habrán sabido aprender sus austeras lecciones, y en esta esperanza nos alientan las palabras de los hombres que han experimentado en mayor medida los sufrimientos y han hallado acentos generosos para expresar, juntamente con la afirmación de las propias exigencias de seguridad contra cualquier agresión futura, su respeto a los derechos vitales de los demás pueblos y su aversión contra cualquier usurpación de los mismos derechos. Sería en vano esperar que este juicio prudente, dictado por la experiencia de la historia y por un profundo sentido político, sea generalmente aceptado por la opinión pública o aun únicamente por la mayoría, mientras los ánimos están incandescentes. El odio, incapacidad de entenderse mutuamente, ha hecho surgir entre los pueblos que han combatido unos contra otros una niebla demasiado densa para poder esperar que haya ya llegado la hora en que un haz de luz asome para aclarar el panorama trágico a ambos lados de la oscura muralla; pero sabemos una cosa, y es que llegará el momento, antes quizá de lo que se cree, en que unos y otros reconocerán cómo después de considerado todo no hay otro camino para salir de la maraña en que la lucha y el odio han

A LA LUZ DEL VATICANO

envuelto al mundo si no es la vuelta a la solidaridad, olvidada desde hace demasiado tiempo, solidaridad no limitada a estos o a aquellos pueblos, sino universal, fundada en la íntima conexión de sus destinos y en los derechos que de igual modo les atañen.

A ninguno ciertamente le pasa por las mentes desarmar la justicia para con el que se ha aprovechado de la guerra a fin de cometer delitos de derecho común, a los que supuestas necesidades militares podrían, a lo más, brindar un pretexto, jamás una justificación; pero si presumiese *juzgar y castigar* no ya a individuos particulares, sino colectivamente a la entera comunidad, ¿quién no vería en este procedimiento una violación de las normas que guían cualquier juicio humano?

LA IGLESIA DEFENSORA DE LA VERDADERA DIGNIDAD Y LIBERTAD HUMANA

En un tiempo en que los pueblos se encuentran frente a empeños cuales nunca tal vez han hallado en ninguna encrucijada de su historia, sienten hervir en sus corazones atormentados un impaciente e innato deseo de empuñar las riendas de su propio destino con mayor autonomía que en el pasado, con la esperanza de que obrando así les será más fácil la empresa de defenderse contra irrupciones periódicas del espíritu de violencia que, como torrente de ardiente lava, nada perdona a su paso de cuanto les es caro y sagrado.

Gracias a Dios se puede pensar que ha pasado ya el tiempo en que el recuerdo de los principios morales y evangélicos, como vitales para los Estados y para los pueblos, era excluido desdeñosamente como una fantasía. Los sucesos de estos años de guerra se han encargado de refutar con la mayor dureza imaginable a los propagadores de tales doctrinas. Su ostentoso desdén contra aquel supuesto irrealismo se ha transformado en una espantosa realidad de brutalidad, iniquidad, destrucción y aniquilamiento. Si el porvenir está reservado a la democracia, una parte esencial de su realización deberá corresponder a la religión de Cristo y a la Iglesia mensajera de la palabra del Redentor y continuadora de su misión salvadora. Ella, de hecho, enseña y defiende la verdad, comunica fuerzas sobrenaturales de gracia para actuar en el orden de los seres y de su finalidad establecida por Dios, último fundamento y norma directiva de toda democracia. *Por el mero hecho de su existencia, la Iglesia se yergue frente al mundo como faro resplandeciente que recuerda constantemente ese orden divino. Su historia es un claro reflejo de su misión providencial. Las luchas que, constreñida por abuso de fuerza, ha debido combatir en defensa de la libertad recibida de Dios, fueron al mismo tiempo batallas por la verdadera libertad del hombre. La Iglesia tiene la misión de reclamar al mundo —ansioso de mejores y más perfectas formas de democracias —el mensaje más alto y más necesario que pueda existir: la dignidad del hombre y la vocación a la filiación divina.*

EL MISTERIO DE LA SANTA NAVIDAD, ALIANZA ENTRE TODOS LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Este es el grito potente que desde la cuna de Belén resuena hasta los últimos confines de la tierra en los oídos de los hombres, en un tiempo en que esta dignidad ha sufrido las mayores humillaciones. El misterio de la santa Navidad

proclama esta inviolable dignidad humana con un vigor y una autoridad inapelable, que sobrepasa infinitamente a la que podrían conseguir todas las posibles declaraciones de derechos del hombre. La Navidad, gran fiesta del Hijo de Dios, que ha aparecido en nuestra carne, la fiesta en que el Cielo se abaja hasta la tierra con una inefable gracia y benevolencia, es también el día en que la cristiandad y la Humanidad, contemplando ante el pesebre la benignidad y humildad de Dios nuestro Salvador, adquieren la conciencia íntima de estrecha unión que Dios ha establecido entre ellas. La cuna del Salvador del mundo, del restaurador de la dignidad humana en toda su plenitud, es el punto que se distingue por la alianza entre todos los hombres de buena voluntad. Allí, el mundo infeliz, lacerado por la discordia, dividido por el egoísmo, envenenado por el odio, recibirá la luz y el amor, y le será dado encaminarse en cordial armonía hacia un destino común para hallar finalmente la curación de sus heridas en la paz de Cristo.

“RETRIBUERE DIGNARE, DOMINE...”

No queremos poner término a este nuestro mensaje natalicio sin antes dirigir una sentida palabra de gratitud a todos aquellos Estados, Gobiernos, Obispos y pueblos que en estos tiempos de indecibles desventuras nos han procurado valiosa ayuda para poder prestar oídos al grito de dolor que de tantas partes del mundo nos llega y para poder alargar nuestra mano benéfica a tantos amados hijos e hijas a quienes las alternativas de la guerra han reducido a extrema pobreza y miseria.

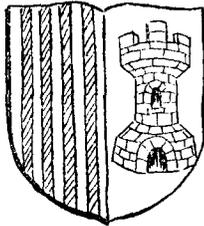
Y en primer lugar es justo recordar la extensa obra de asistencia desarrollada, a pesar de las extraordinarias dificultades de transportes, por los Estados Unidos de América, y en cuanto se refiere particularmente a Italia, por el excelentísimo señor representante personal del señor Presidente de aquella Unión.

Ni menor alabanza y agradecimiento nos place tributar a la generosidad del Jefe del Estado, del Gobierno y del pueblo español; del Gobierno irlandés, de Argentina, Australia, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Italia, Lituania, Perú, Polonia, Rumania, Eslovaquia, Hungría y Uruguay, que han cometido en noble sentimiento de fraternidad y caridad, cuyo eco no resonará inútilmente en el mundo. Mientras los hombres de buena voluntad se afanan por echar un puente espiritual de unión entre los pueblos, esta acción, bien pura y desinteresada, reviste un aspecto y un valor de singular importancia. Cuando, como todos lo deseamos, las disonancias del odio y de la discordia, que dominan la hora presente, no sean más que un triste recuerdo, madurarán con abundancia aun más copiosa los frutos de esta victoria de labor activa y magnánima sobre el veneno del egoísmo y de las enemistades. A cuantos han contribuido en esta cruzada de caridad, sirvales de estímulo y recompensa nuestra bendición apostólica y la idea de que en la fiesta del amor sube al cielo en su favor, desde innumerables corazones angustiados, pero no olvidados en su angustia, agradecida plegaria.

“Retribuere dignare, Domine, omnibus nobis bona facientibus propter nomen tuum vitam aeternam”.

(Texto reproducido de “Ecclesia”. Títulos y subrayados de nuestra Redacción).

El Excmo. y Rdmo. Sr. Dr. D. Ramón Sanahuja, obispo de Segorbe



La laboriosa población de Tarrasa celebró con magnífico esplendor, la solemne consagración del nuevo obispo de Segorbe, el Excelentísimo y Reverendísimo Doctor Don Ramón Sanahuja, regente que fué de la parroquia del Santo Espiritu, de aquella ciudad.

La emotiva ceremonia congregó a toda la población en una manifestación esplendorosa de filial devoción y de júbilo extraordinario, que conmovió profundamente a todos cuantos tuvieron la dicha de estar presentes.

CRISTIANDAD quiere asociarse a aquel solemnísimos acto, publicando hoy una reseña del mismo, tal como prometió en un número anterior, rindiendo así homenaje a la egregia persona del nuevo Prelado, al mismo tiempo que se une a la alegría y entusiasmo de sus antiguos feligreses.

La representación de Segorbe

El día anterior al que había de tener lugar la solemne ceremonia la ciudad apareció engalanada con profusión de colgaduras y banderas. Por todas partes se respiraba una febril expectación ante la proximidad de la fiesta. Con objeto de asistir al acto, llegaron a Tarrasa, procedentes de Segorbe, los Muy Ilustres Canónigos Dr. D. Romualdo Amigó Ferrer y Dr. D. Luis Quixal Beltrán, arcediano y magistral, respectivamente, en representación del Cabildo Catedral de Segorbe, el Alcalde de aquella ciudad, don Juan Rivas Sánchez, y otras representaciones. Las distinguidas personalidades a su llegada a la ciudad trasladáronse a la Casa Prioral a saludar al Prelado electo y después al Ayuntamiento, en visita de cortesía, siendo recibidos oficialmente, por el Alcalde, don Joaquín Amat, y varios miembros de la Corporación Municipal.

Hora Santa en acción de gracias

A las diez de la noche, en el templo arciprestal, celebróse una solemne Hora Santa, para dar gracias al Todopoderoso por haber elevado a la jerarquía episcopal al Dr. Sanahuja y rogar a Dios por las intenciones del nuevo Prelado. Antes de la reserva solemne, el Rvdo. Dr. Jubany subió al púlpito, para glosar el significado del acto religioso que se celebraba, con palabras repletas de fervor que emocionaron grandemente a la ingente multitud que llenaba el sagrado recinto.

Desde la primeras horas de la mañana del domingo, Tarrasa apareció vestida con todas sus mejores galas, para demostrar al nuevo Prelado el afecto y estima de la población entera, así como su júbilo por la designación de que había sido objeto.

Todos los actos demostraron cuan entrañable era el amor de los tarrasenses hacia el que hasta entonces había

sido su Pastor celosísimo; puede decirse sin temor a exagerar que toda la ciudad se volcó materialmente dentro y en los alrededores de la Iglesia del Santo Espiritu, para



poder recibir la primera bendición del nuevo Prelado y besar su anillo pastoral.

Personalidades asistentes a la ceremonia

Al solemne acto de la consagración episcopal del Dr. Ramón Sanahuja, estuvieron presentes las siguientes personalidades y representaciones:

Excmo. Sr. Capitán General de la IV Región, laureado Teniente general don José Moscardó; Excmo. Sr. Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento D. Antonio F. de Correa; Excmo. Sr. Gobernador Militar de Barcelona, general Coll Fuster; Excelentísimos y Reverendísimos señores Obispos de Barcelona, Vich y Lérida, doctores Modrego, Moll y Perelló; Excmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial, don Luis Argemí de Martí; representación del Rector y Claustro de la Universidad de Barcelona; Alcalde y Teniente Alcalde de Segorbe, don Vicente Aznar; Concejales del mismo Ayuntamiento, señores Suay Navarro, Carrión Jarro, Madalena Blasco y Clemente Tortajada, que juntamente con el Alcalde Juan Rives llevaban la representación de la Corporación segorbiana, acompañados de los señores Tolós Cifré, secretario y Clemente Vallano, interventor; Jefe local de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Segorbe, camarada Guarquer; de la misma ciudad estaban igualmente presente: por la

A LA LUZ DEL VATICANO

Caja de Ahorros, los señores Roche, Ordaz y Mínguez; por el Sindicato Agrícola de San Isidro, el Dr. Mateo Zorita, y los señores Foy y Berbis; por el Sindicato de Riegos, los señores Ordaz, Lorente, Martínez y Barrachina; Juez de Primera Instancia, don Vicente Jorge Ochoa; por el Sindicato de Policía Rural, los señores Gil Querol, Calpe González y Calpe Simón; el Excmo. Sr. Presidente de la Diputación de Castellón, acompañado de dos diputados de la misma Corporación; delegado del Jefe Superior de Policía de Barcelona; procurador en Cortes, Ilmo. Sr. D. Antonio Sala Amat; Alcalde de Sabadell y procurador en Cortes, camarada Marcet, con una representación de la Corporación municipal de la vecina ciudad; representación de la Delegación de Industrias de Barcelona; Muy Ilre. Dr. D. José Boda, Canónigo de Tarragona; Canónigos de la Santa Iglesia Catedral Basílica de Barcelona, doctores Vilarrubias, Serra, Vilaseca, Montserrat, Baucells y Urpi; representación del Colegio de Párrocos de Barcelona; presidente del Gremio de Fabricantes de Sabadell, señor Gorina, y señor Abelló, de la misma Junta; autoridades de Bañeras, Masnou, S. Andrés de la Barca y Castellar del Vallés, y otras muchas personalidades.

La comitiva oficial

Las citadas autoridades y representaciones que fueron recibidas por el Ayuntamiento y jerarquías locales, se congregaron en la Casa Municipal desde donde se dirigieron al templo parroquial del Santo Espíritu. La comitiva se formó por el siguiente orden: Banda Municipal y Banda de cornetas y tambores de F. E. T. y de las J. O. N. S.; maceros de Segorbe, precediendo a las representaciones de la ciudad episcopal y a las de Castellón; maceros del Ayuntamiento de Tarrasa y Corporación en pleno; Autoridades, Jerarquías y Corporaciones locales; representaciones de las comunidades religiosas; Jefe de ceremonial de la Diputación; altas Autoridades y Jerarquías provinciales, cerrando la comitiva SS. EE. el teniente general Moscardó; el Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, don Antonio F. Correa; el Gobernador Militar, general Coll Fuster; el Presidente de la Diputación de la Diputación, señor Argemí, y los Alcaldes de Tarrasa, Segorbe y Bañeras.

La comitiva se dirigió por la calle Gabachones y plaza de España, penetrando en el templo, excepto las altas Autoridades, que pasaron a la Casa Prioral para saludar al doctor Sanahuja y a los reverendísimos Prelados asistentes al acto.

El Ilmo. Dr. Sanahuja salió de la Casa Prioral acompañado por la comunidad del Santo Espíritu, clero de la

ciudad y del Arciprestazgo; el Obispo de la Diócesis, Dr. Modrego, que debía actuar de consagrante, y los Prelados asistentes, doctores Moll y Perelló, Obispos de las diócesis de Tortosa y Vich, este último en representación del Obispo de Urgel, Dr. Iglesias.

Las ceremonias de la consagración

A las diez y cuarto comenzó el solemnisimo oficio de la consagración del nuevo prelado.

El Dr. Sanahuja, acompañado de los obispos asistentes, prestó juramento a la Santa Sede y a los sagrados cánones. Procedióse a continuación al examen del nuevo prelado, que celebró luego su oficio aparte. En el momento del Gradual efectuóse la ceremonia de la ordenación episcopal propiamente dicha, con la explicación, por el prelado consagrante, de las funciones episcopales. Tras el canto de las letanías, éste procedió a ungir al nuevo obispo, entregándole las insignias del episcopado: el báculo, el anillo y el libro de los Evangelios.

Siguióse hasta la entronización del nuevo Prelado, quien poco después, en medio de la emoción de todos los presentes, dió su primera bendición episcopal. La capilla de San Pedro —que había interpretado la "Misa Eucarística", de Perosi— y la "Schola Cantorum", cantaron el *Tedéum*, alternando con el pueblo. Acompañado de los Prelados asistentes, el nuevo Obispo, revestido de capa magna, báculo y mitra, descendió las gradas del presbiterio, bendiciendo a los asistentes. Desde el atrio bendijo a la multitud estacionada a la entrada de la Iglesia, que ovacionó enfervorizada, al Prelado.

Las ceremonias finalizaron con la nueva bendición del consagrado y el ósculo de paz.

Tras el rezo de acción de gracias de la misa, organizóse de nuevo la comitiva, que abandonó el templo, siendo acalamado con entusiasmo el Excmo. y Rdm. doctor Sanahuja por el numerosísimo público que aguardaba su salida en la plaza de la Iglesia.

El doctor Sanahuja se trasladó luego al Asilo Busquets, donde asistió al principio de la comida que ofreció a setenta pobres del establecimiento, siendo a su paso objeto de nuevas muestras de veneración y afecto del pueblo.

En resumen, el acto de la consagración episcopal del Dr. Sanahuja quedó grabado en el corazón de todos los tarrasenses con huella indeleble, y perdurará con seguridad su recuerdo para enaltecimiento de la noble ciudad que tuvo en su querido arcipreste un padre celoso del bien de toda su feligresía.

¡Ad multos annos!



Datos biográficos del nuevo Prelado

El M. I. Sr. Regente Arcipreste de la Parroquia del Santo Espíritu, Dr. D. Ramón Sanahuja Marcé, designado por la Santa Sede para ocupar la silla episcopal de Segorbe, nació en Bañeras, pueblo de la provincia de Tarragona, perteneciente al Obispado de Barcelona, el 19 de diciembre de 1890. Hijo de modestos campesinos, empezó su cristiana formación en el regazo materno y con los ejemplos de un padre espejo de catolicidad. El ambiente de virtud que se respiraba en aquel hogar fué un incentivo para que nuestro biografiado, ya desde su infancia, se sintiese inclinado a abrazar el estado sacerdotal, ingresando a los doce años en el Seminario Conciliar de Barcelona, donde cursó estudios con notable aprovechamiento hasta los dieciocho años. Los superiores y catedráticos, conocedores del talento del joven seminarista, mandáronle a Roma para que continuase sus estudios en la Universidad Gregoriana, doctorándose en Filosofía y Teología.

Fué ordenado sacerdote el 14 de marzo de 1914 y cantó su primera misa el día 19 del mismo mes y año, festividad del Patrono de la Iglesia Universal el glorioso Patriarca San José, en el altar de la Confesión de la Basílica del Vaticano.

Ya sacerdote, en junio del citado año, regresó de Roma para pasar una temporada con su familia, siendo su primer nombramiento en la carrera parroquial el de Vicario de Vilarrodona, el día 28 de julio de 1915.

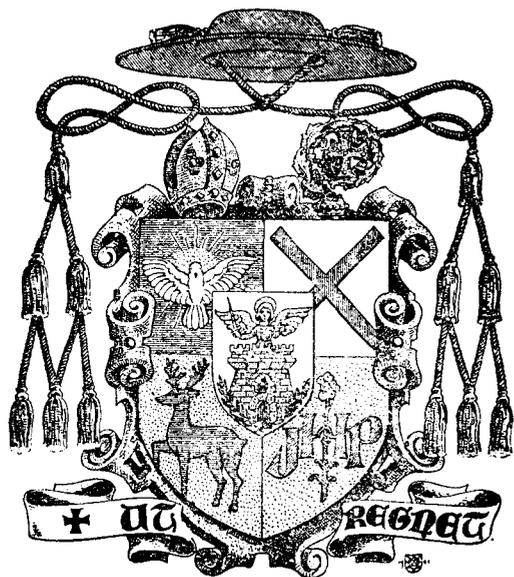
Su grande amor al estudio le hizo pedir licencia al señor Obispo para regresar a la Ciudad Eterna, con el propósito de doctorarse en Derecho Canónico, permaneciendo en Roma otros dos años y alcanzando dicho título.

Reincorporado de nuevo a su diócesis, en 23 de julio de 1917 fué nombrado Vicario de la parroquia de Vendrell, y en 1.º de julio de 1918 pasó a regentar la parroquia de Castellar del Vallés, cargo que ocupó hasta que por defunción del señor Decano Arcipreste de Granollers, ocurrida en el mes de noviembre de 1923, el 14 de aquel mes sus superiores jerárquicos nombraron al doctor Sanahuja Economo-Arcipreste de dicha población.

En las oposiciones para la provisión de parroquias convocadas por el Ilmo. Sr. Obispo y celebradas a fines del mismo año 1923, quedó nombrado Rector de San Andrés de la Barca. En 1928 renunció a este cargo, siendo nombrado Regente de la Parroquia de San Pedro de Masnou, en donde permaneció hasta el instante de ser nombrado Regente de nuestra parroquia del Santo Espíritu, tomando posesión de la misma el día 18 de diciembre de 1932. Es, pues, en nuestra parroquia arciprestal donde ha ejercido durante más años su sagrado ministerio.

Difíciles eran las circunstancias en que el doctor Sanahuja vino a ocupar el cargo de Regente-Arcipreste, pero todas supo superarlas con tacto y talento.

Al estallar en julio de 1936 el glorioso Movimiento Nacional, y frustrado de momento el Movimiento salvador, nuestro Padre y Pastor espiritual tuvo que abandonar el rebaño que le había sido confiado. Toda la escala de



rumores corrieron sobre su suerte. Desde los más lisonjeros hasta los más tristes. Desde los más pesimistas hasta los que parecían inspirados en un optimismo infantil. Cabe decir que estos últimos tuvieron el mayor eco.

El buen deseo de todos los católicos tarrasenses les daba crédito y fácil aceptación.

Pero la realidad era muy otra. El calvario del Pastor fué muy duro.

En un amanecer del octubre del 37, y después de cinco días de penoso caminar, y cuando se disponía a franquear la frontera por el Pirineo catalán, junto con un reducido núcleo de feligreses suyos, el doctor Sanahuja y sus compañeros fueron descubiertos por unos esbirros que se echaron como fieras ávidas de sangre sobre sus indefensas víctimas.

A boca de jarro un carabinero disparó su fusil contra nuestro amado Párroco. Cayó con la espalda atravesada. Iba a darle el tiro de gracia, cuando otro carabinero se lo impidió.

El Señor reservaba a la víctima para altas empresas. En aquellas difíciles circunstancias un buen feligrés sirvió de cayado para apoyarse el Pastor. Reducido a prisión, permaneció entre rejas hasta la liberación de Lérida por los soldados del Glorioso Ejército Nacional, siendo seguidamente nombrado párroco de la población leridana de Almenar. El doctor Sanahuja desempeñó dicho cargo hasta que la liberación de nuestra ciudad le permitió reintegrarse entre nosotros.

Fué un día de júbilo para los tarrasenses el día que pudimos de nuevo besar su mano para continuar nuestra vida parroquial bajo su paternal dirección.

En los anales de nuestra parroquia arciprestal destacará siempre la obra pastoral por él realizada, habiendo dejado no menor recuerdo en las parroquias donde ejerció su sagrado ministerio.

Va a llegar a la plenitud del sacerdocio cerca de los 54 años de edad.

Son nuestros más vehementes deseos que las luces de lo alto descendan con abundancia sobre el Prelado electo de la Diócesis de Segorbe y estamos seguros que estos nuestros deseos irán acompañados de las oraciones de millares de tarrasenses que querrán así ofrecerle el tributo del más cariñoso homenaje.

(Del periódico *Tarrasa*)

UNA TÁCTICA QUE SE REPITE

En los diarios de los primeros días del corriente año hemos podido leer una interesante noticia de cuya veracidad y exactitud en todos sus aspectos no podemos tener sin embargo, garantía completa. La noticia dice así:

“La Radio del Vaticano, contestando a varias consultas que se le vienen haciendo estos días, aclara que el partido ahora denominado “Izquierda Cristiana” es el mismo que antes se denominaba “Comunista católico” según los datos recogidos”.

“L'Osservatore Romano”, dice: los principios y tendencias de este movimiento son incompatibles con las enseñanzas de la Iglesia. Y agrega que está autorizado para decir que los promotores de la “Izquierda cristiana” no tienen derecho a hablar como intérpretes del pensamiento cristiano ni a tratar de ganar la adhesión de los católicos”

La noticia termina con una alusión a los antecedentes de ese movimiento y afirma que “al entrar los aliados en la capital italiana, marchó con banderas rojas a escuchar la alocución del Pontífice a los romanos”.

* * *

A la vista de esta información no podemos menos de recordar las palabras de Pío IX en una alocución —“Ubi primum”— pronunciada ante el Consistorio el 17 de diciembre de 1847. En aquellos momentos, en medio del universal clamor de entusiasmo que llenó a Italia y a toda Europa por el advenimiento al Pontificado del inmortal Pío IX, no faltaban quienes mostrarían pronto su sinceridad añadiendo a la aclamación ¡viva Pío IX! gritos de tan filial amor a la Iglesia como el de ¡mueran los jesuitas!

Veamos lo que en aquella ocasión decía Pío IX:

“No es por cierto desconocido a vosotros, Venerables Hermanos, que muchos de los enemigos de la verdad católica encaminan todos sus esfuerzos a equiparar todo linaje de monstruosas opiniones con la doctrina de Cristo, o que desearían mezclarla con ellas, trabajando así en propagar más y más ese impío sistema de la *indiferencia* de toda religión. Ultimamente, aún, horrible es decirlo, se ha encontrado quienes han hecho a nuestro nombre y dignidad Apostólica la gravísima injuria de atreverse a presentarnos como participantes de su necedad, y fautor de su perversísimo sistema. Estos, a causa de las determinaciones, nada ajenas por cierto, a la santidad de la Religión Católica, que en ciertos asuntos relativos al gobier-

no civil de nuestros dominios Pontificios creímos deber adoptar... quisieron concluir que Nos opinábamos tan benévola y de toda clase de hombres, que juzgábamos hallarse en el camino de la salvación, y que podían conseguir la vida eterna, no sólo los hijos de la Iglesia, pero también todos los demás, siquiera permanezcan fuera de la unidad católica.

Tal es el horror que esto nos causa que nos faltan palabras para detestar esta nueva y atroz injuria contra Nos dirigida... Recuerden todos nuestros adversarios, que pasarán los cielos y la tierra pero que no puede pasar nunca ninguna de las palabras de Cristo, ni variar su doctrina recibida por la Iglesia Católica del mismo Cristo para guardarla, defenderla y predicarla”.

* * *

¿Cómo explicar el paralelismo de estos dos hechos separados por un siglo de distancia?

He aquí lo que escribía Balmes el año 47 en su obra “Pío IX”:

“A la vista de la conducta de Pío IX, el genio del mal, siempre atento a los medios de impedir el bien, aprovecha sagaz el momento, y hace resonar por todas partes la voz impía: “El Papa está conmigo”. En vano lo desmienten las virtudes, las palabras solemnes del Pontífice: el genio del mal repite con maligno placer: “El Papa está conmigo”. El Papa, después de haber predicado desde su primera encíclica la obligación de obedecer a las potestades legítimas, rechaza en una alocución a los que toman su nombre en los disturbios, asegurando que con esto se hace una *gravísima injuria a su persona y a su suprema dignidad*; a pesar de esto, el genio del mal, sonriéndose malignamente, repite: “El Papa está conmigo”. ¿Y por qué esa insistencia? Porque le conviene alarmar a los fieles; le conviene hacerlos desconfiar de su pastor; les conviene inspirarles desvío hacia su Padre; les conviene establecer un cisma de nueva especie en que algunos católicos quieran ser más católicos que el vicario de Jesucristo”.

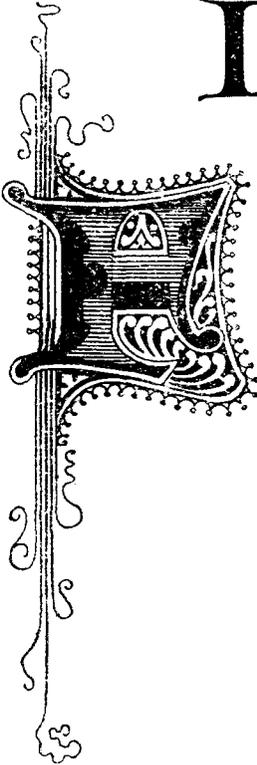
* * *

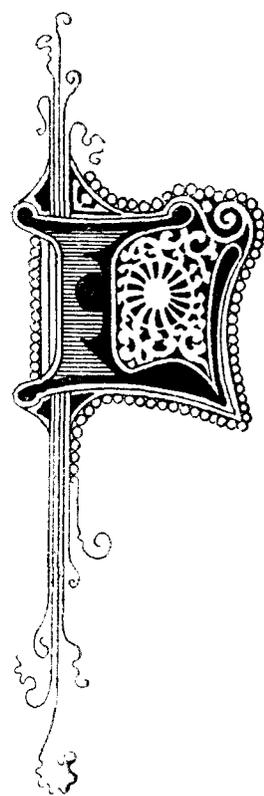
¿Cuál es la consecuencia que debemos sacar de todo esto los verdaderos hijos de la Iglesia? Pues no otra que la que saca Balmes, y por ello gritar con amor y filial obediencia:

¡Viva Pío XII! ¡Viva el Papa!



CON CENSURA ECLESIASTICA

La
**abricación**
de
Tanasa



a Industria

de Tarrasa
